

Mercedes Gascón Bernal

LA MUÑECA DESNUDA



Ediciones
Alfanzar

D.J.57

LA MUÑECA DESNUDA

Mercedes Gascón Bernal



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor portada: Enrico Pitton

Autor fotografía autora: Antonio Cumeras

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

*A mi hijo José Miguel, a mi hija Carmen,
por su amor y apoyo.*

Índice

Contenido	4
Capítulo 0	6
Capítulo 1	9
Capítulo 2	11
Capítulo 3	15
Capítulo 4	18
Capítulo 5	22
Capítulo 6	26
Capítulo 7	30
Capítulo 8	34
Capítulo 9	37
Capítulo 10	43
Capítulo 11	45
Capítulo 12	49
Capítulo 13	53
Capítulo 14	57
Capítulo 15	63
Capítulo 16	67
Capítulo 17	70
Capítulo 18	79
Capítulo 19	85
Capítulo 20	88
Capítulo 21	91
Capítulo 22	95
Capítulo 23	97
Capítulo 24	101
Capítulo 25	103

Capítulo 26	105
Capítulo 27	111
Capítulo 28	117
Capítulo 29	122
Capítulo 30	125
Capítulo 31	133
Capítulo 32	136
Capítulo 33	139
Capítulo 34	144
Capítulo 35	147
Capítulo 36	150
Capítulo 37	160
Capítulo 38	163

Capítulo 0

5 de enero de 2014 - 17,30h.

Impaciente, Mario abrió la puerta y antes de haber entrado ya gritaba:

—¡Laura! ¡Te traigo un regalo de Reyes! ¡¡EL regalo de Reyes!!

Silencio.

—¡¿Laura?! ¿Dónde estás?

Silencio.

No quería creer que hubiera salido. Estallaría si no podía decírselo ya.

Subió de dos en dos las escaleras. Igual está dormida, quiso pensar, vete a saber a qué hora volvió anoche y se habrá dormido.

Llamó a la puerta de su habitación. “¿Laura?”, repitió. No hubo respuesta. Abrió. Estaba a oscuras.

Le dio al interruptor y una voz rara dijo:

—Apaga. No me encuentro bien.

Durante los escasos segundos de luz, había vislumbrado el desorden: el edredón, la ropa, los zapatos esparcidos por los suelos, y a su hija medio desnuda acurrucada sobre la cama, destapada.

—¿Qué tienes?

Recogió el edredón del suelo, “Vas a coger frío”, e intentó cubrirla, pero Laura, sin responder, lo rechazó con un gesto brusco.

—Te voy a contar algo que te va a quitar todos los males —no pudo reprimirse Mario—. ¡Está todo arreglado! ¿No te parece el mejor regalo de Reyes? ¡Todo solucionado! ¡Se acabó el problema!

Silencio.

A oscuras, sacó una manta fina del armario, cubrió con ella a su hija y se sentó a la cabecera de la cama. Le tocó la frente, una mejilla, y sus dedos regresaron húmedos de la caricia.

—¿Tan mal te encuentras? ¿Qué te pasa?... ¿No quieres saber cómo he conseguido resolverlo?

—Ahora no. Me duele mucho la barriga. La regla. Déjame, por favor.

Antes de salir, Mario recogió a tientas la ropa con la que tropezaba por el suelo.

Junto al cesto de la ropa sucia, soltó el montón que traía abrazado. Sacó el edredón de su funda, observó que tenía una manchita de sangre que la había traspasado y lo dejó doblado aparte. El resto lo metió al cesto: la funda, unos pantalones arrugados, una braguita y unas pequeñas prendas que sostuvo en el aire interrogativamente unos instantes, hasta caer en la cuenta de que eran las de la muñeca de Laura.

La muñeca antigua de porcelana.

Capítulo 1

Marzo de 2013

—¿Estás seguro de querer hacerlo?

Marta lo miraba desde sus ojos densos y era como si Mario la percibiera por primera vez. Una mujer de negocios, eso era lo que había sido para él hasta entonces.

—No tengo más remedio, no veo otra salida.

—Si es así... Al fin y al cabo, de alguna manera te lo debo. Me has traído abundantes clientes, en los buenos tiempos... De todas formas, déjame primero sondear un poco el terreno. Hablamos dentro de una semana, ¿de acuerdo?

Los buenos tiempos, pensaba Mario de bajada en el ascensor, se van alejando. Hace ya tres años. Para Marta seguirían siéndolo, aunque quizá algo menos que antes, porque aunque tantos se hubieran ido a pique, siempre quedaban ciertos bufetes de abogados, los banqueros, algunos políticos de altos vuelos, las grandes empresas turbias sobre las que los avatares económicos no solían dejar huella... Hacía ya tres años y estaba decidido. Tenía que proteger a su hija.

Bajó hacia la Diagonal y llegó despacio por ella hasta la Rosaleda de Cervantes. El olor de las flores resplandecía por entre sus cavilaciones. Era decididamente primavera a pesar de ellas. Se sentó en un banco a esperar que las horas fueran acercando la de volver a casa y poder conformar así la apariencia de un horario de trabajo cumplido.

Luego volvió a donde había dejado aparcado el coche, que seguía siendo el mismo Audi: todavía podría aguantar ¿cuánto más, hasta que a su hija le sorprendiera que no lo cambiara ya?

Recordó: ir al banco. Laura necesitaba dinero para el viaje de estudios del colegio y “para ropa”, le había dicho, “todas estrenan cosas esos días”.

Pasó por delante de la puerta: “Se vende o alquila”, en la cristalera, y más arriba la sombra de las antiguas letras extirpadas: ESTUDIO DE ARQUITECTURA.

Capítulo 2

Abril de 2013

—¡Una radiante sonrisa dentuda! —dijo Laura.

Todos rieron la ocurrencia, como era habitual. Su sonrisa sí que irradiaba perfección tras la invisible labor de años del odontólogo, no por escasamente necesaria menos exhaustiva.

—¡Pues algo tendrá que nosotras no vemos! Porque tú también te enrollaste con ella en la fiesta de Navidad —insistió Cristina mirando a Eloy con una mezcla de provocación y complicidad.

—Que es una guarra —contestó Laura—. Y a nuestros amiguitos eso les pone.

Ella, en cambio, era todo lo inaccesible que quisiera. Decidiría siempre. Se sentía con respecto a los chicos como en lo alto de un pedestal.

Eloy cantó:

—“... que de mano en mano va, que de mano en mano va... ¡Y ninguno se la queda!”

—Pues Víctor se la quedó bastante durante el viaje...

Todos volvieron a reír explosivamente.

—Hay que aprovechar las ocasiones —terció Carlos dándole una palmada en el hombro a su amigo.

—¡Y adquirir experiencia! —apostilló Víctor.

—¿Os acordáis del primer día que vino al cole? Con aquella mancha en el jersey... ¿Qué fue?, ¿en segundo de ESO?

—No, en primero, pero ya casi a final de curso.

—¡Y aquellos pelos! ¡A mí me daba miedo, el primer año! Era igualita al dibujo de Medusa que había en el libro de Sociales —dijo Víctor.

—¿Y cuándo leía? Con el dedo pegadito a la hoja... no se le entendía nada.

—Ahora es ella la que no entiende nada.

Volvían a reír.

—¿Le mandamos otro mensaje de “enamorado”, como ella dice?

—Eso ya huele, tíos... Tengo una idea mejor. Víctor, invítala a la fiesta —cortó Laura.

—¿Qué fiesta?

—La que voy a dar la semana que viene.

Todos la miraban expectantes.

—No os quedéis así. Puedo hacer otra antes de la de mi cumpleaños.

—¿Te dejará tu padre dar dos fiestas tan seguidas?

—Mi padre me deja lo que yo le pida. La idea es que Víctor la invite y...

Daniela, apoyada en una de las paredes del patio de recreo, miraba al grupo mientras acababa su bocadillo. No le hacía falta disimular que los miraba. De todas formas, ellos no la veían. Incluso podían estar hablando de ella, pero no la veían. Incluso Víctor podía estar contándoles lo del viaje... Esperaba que no. Quería confiar en que no. Le había dado la sensación de que, por una vez, un chico la veía. Seguía contemplando el grupo con la mezcla de rabia, admiración y envidia enquistada ya en su interior como un tumor maligno inextirpable, cuando vio a Víctor separarse y dirigirse hacia ella... pero Laura también.

—Hola, Daniela, Víctor quiere decirte algo.

—Bueno, en realidad es Laura la que quiere invitarte a una fiesta que da el sábado que viene...

Laura se retiró y Daniela recuperó algo de confianza.

—... y me gustaría que vinieras.

Daniela había seguido con la mirada la reincorporación de Laura al grupo, observaba sus ropas de marca, sus cabellos impecables... y eso en los días de clase.

—No sé...

—Sí, mujer, ánimo. Es una fiesta informal —añadió sabiendo muy bien por dónde iban las dudas de Daniela—, no tienes que ir arreglada. Haremos una barbacoa en el jardín: tirar unas canastas, un chapuzón en la piscina...

Víctor la comprendía, se atrevió a pensar Daniela. Y, ya en voz alta:

—Bueno. ¿Tú quieres que vaya?

—¿Entonces, sí? El sábado, a las seis: te espero en la puerta de su casa.

Capítulo 3

—Tenías razón. Existe posibilidad de negocio. Hasta tendrías una clienta para dentro de una semana..., si es que te interesa empezar ya, vamos.

—¿Qué es esto?

Marta le había tendido unas hojas.

—Tendremos que rellenar el cuestionario, ya sabes, para el perfil.

Mario la miraba descolocado.

—¡Trae! Yo te voy preguntando, no te preocupes. En tu caso no deja de ser una simple formalidad. ¿Edad?

—Cuarenta y ocho.

—¡Bien llevados! —sonrió Marta de refilón mirándolo con complicidad— Necesitaré también una fotografía. Formación, arquitecto, ¿no?

—Sí. Más... —dudaba con cierta vergüenza— máster en gestión de empresas.

—¿Idiomas?

—Inglés, bien. francés, no tanto. Puedo defenderme en alemán, dado el caso.

—Gustos, aficiones: pongo deportes: paddle, tenis, esquí... ¿aún navegas?

—Poco. Voy alquilando el barco y el amarre, aunque me reservo aún alguna temporada... por mi hija.

La mirada de Marta fue sin querer interrogante.

—Sobre todo —continuó él—, confío en que la discreción...

—Es absoluta. Lo sabes de sobra. Nada de publicidad en revistas, periódicos o internet. Funciona el boca a boca entre clientes —dejó transcurrir unos segundos y modificó el tono—. ¿Cuántos años tiene, si me permites ser indiscreta por un momento?

Mario se retrajo, pero no podía dejar de responder:

—No te preocupes. Está claro que confío en ti —contestó forzando una fugaz sonrisa—. Dieciséis. Va a hacer dieciséis.

Y sin querer acabó contándole que sí, que seguía viviendo con él porque, aunque la tutela fuera compartida, así lo había decidido ella misma hacía ya cinco años, uno después del divorcio, y que sí, que realmente él sentía que siempre habían estado muy unidos.

La mirada de Mario, perdida al otro lado del ventanal durante unos segundos de silencio, regresó sacudida por el nuevo cambio de tono:

—Entonces, ¿qué?, ¿acepto a la cliente? Sería para dentro de siete días.

—Sí, sí, de acuerdo. ¿En qué consistirá?

—Viene de Chicago, para la reunión de un Consejo de Administración. Estará tres días en el hotel. Lo mejor sería que fueras a recogerla al aeropuerto y ella ya te hablará de su agenda. Conoce otros lugares de España, pero es la primera vez que visita Barcelona.

De vuelta a casa, sus pensamientos se negaban a fluir. Era como si tropezase con sus propios pasos. Como si se enquistasen en un magma malsano de rabia y desasosiego.

¿Por qué la había nombrado? Aunque ella estuviera en la raíz de su decisión, la vida en la que ahora entraba no debía de ninguna manera mezclarse con la suya anterior, la que seguiría dibujando con y para su hija.

Capítulo 4

Mayo de 2013

Laura oyó cómo su padre abría la puerta de casa. Oyó cómo las llaves se la caían al suelo. Esperó a que entrara en el salón para levantarse a darle un beso.

—Papá, quiero hablarte de una cosa...

—¿Cómo te ha ido el día?

Mario recibió el beso despistado y apenas le dio tiempo de devolverle uno verdadero.

—Bien. Muy bien. ¿Me dejas que te lo cuente?

—Cariño, ¿podrías esperar a que me dé una ducha? Cenamos luego enseguida y me lo explicas entonces, con más tranquilidad.

—Vale. Te espero.

Se iba medio desvistiendo ya de camino al piso superior. Pensó de repente en el cambio de muda de las serpientes. ¿Sentirían aquella misma necesidad imperiosa?

—Ha vuelto a llamar mamá.

—¿Era de eso de lo que querías hablarme?

—No, es otra cosa. Pero ha vuelto a preguntarme si querría pasar el verano con ella. Se va de viaje.

¿Cómo podía no dejar de ser ya tan punzante el temor, después de tantas veces?

—¿Los dos meses?

—No, julio. Agosto, estará en la casa de la playa, irá y vendrá.

—¿Y qué le has dicho?

—Lo de siempre. Que en agosto, no. Lo de julio, aún me lo puedo pensar. ¿Tú cuándo coges las vacaciones? Vamos a ir por fin a Turquía, ¿no? Lo tenemos pendiente.

—Todavía no lo sé.

—Bueno, de lo que te quería hablar era de que he invitado a mis amigos el sábado.

“¿Otra fiesta?”, pensó Mario, pero solo dijo:

—¿Este mismo sábado?

—Sí. En el jardín. ¿Tú vas a estar ese día en casa?

Mario dio la respuesta que sabía que ella esperaba:

—No, he quedado con unos amigos.

¡Amigos! ¿Qué amigos? ¿Lo habían sido de verdad alguna vez los que tan fácilmente había arrastrado la corriente de los acontecimientos? Meros compañeros de trabajo, unidos a él por los intereses profesionales. Luego estaban los otros, los de antes, desde el colegio hasta la Universidad, los que en algún momento había pensado que serían para siempre hasta que él mismo los había ido obviando progresivamente, “la vida fluye”, y habían ido siendo sustituidos por los de la siguiente etapa, cada una entonces más estimulante, más satisfactoria que la anterior.

Consideró el aspecto positivo de la situación: nadie tan asiduo como para constituir ahora un peligro.

—¡Papá! ¿En qué piensas? ¡Estás ido!

—Nada. Asuntos de trabajo.

Y oyó, con el habitual encogimiento de estómago y mente, cómo Laura le hablaba de la conversación con su madre sobre el Bachillerato del curso siguiente, sobre su insistencia y su entusiasmo por que su hija estudiara Derecho, la cuarta generación en el bufete, era algo muy seguro, incluso en épocas como ésta seguía yéndoles muy bien, que por el abuelo no tenía que preocuparse, que ya se habría jubilado cuando ella terminara la carrera y que además era su abuelo, no su padre, no lo veía controlando de repente su vida y sus decisiones con mano férrea...

—Y, desde luego —concluyó Laura—, lo que tengo claro es que yo sabré compatibilizar mejor la vida laboral y la privada, tener más tiempo libre para mí, para mis hijos, si los tengo... ¡como tú!, no como ella.

Mario consiguió que su sonrisa no resultara demasiado insegura. Hasta hacía tres años, este tipo de comentarios generaba en él una onda de algo que era más que satisfacción, algo así como una invasión de sentido que lo reconstituía.

—Y eso que económicamente tú tampoco te puedes quejar, ¿no? —continuó Laura.

—Bueno, ya lo sabes. En nuestro caso, algo ha bajado la cosa —se atrevió Mario a aventurar.

—Pero no como para preocuparse, ¿no? ¡Bueno!, ¿qué?, ¿planeamos lo de Turquía?

—Espera un poco a ver cuándo puedo coger las vacaciones.

“A ver si los nuevos planes funcionan”, sustituyó Mario para sí.

Laura se acostó pensando en que su padre no le había dicho seguro que sí, pero que era como si ya lo hubiese hecho. Tenía solucionado el verano. Dos largos viajes. Luego, aún podría convencer a su padre para que salieran a navegar en septiembre antes de que empezaran las clases.

Capítulo 5

—¿Aún no estás escarmentada?

Jimmy miraba a su hermana y no podía creer que fuera tan inocente.

—Esto no tiene nada que ver. Con Víctor es diferente —dijo Daniela.

—¡Pero si es el mismo grupo de siempre! ¿Tengo que recordarte todas las veces que has llorado por su culpa?

—Pues en el viaje Víctor me hacía mucho caso y no han dicho nada, no se han metido conmigo.

—No tardarán.

—A lo mejor con los años van cambiando.

—¿Sí? ¿Como cuando el mes pasado fingían que te ayudaban a hacer los deberes y te hacían poner barbaridades para reírse a gusto cuando contestaras al corregirlos en clase?

—¡Pero con él es otra cosa! ¡Lo sé! ¡Lo noto!

Daniela perdía el aliento, entre la cuesta y la emoción. Sus palabras se entrecortaban por la pendiente que los conducía a casa.

—¿Como con Carlos? ¿O con el tal Dani? ¡Y podría seguir la lista!

—¡Tú qué sabrás! No me entiendes. Pretendes preocuparte por mí pero no me entiendes en absoluto.

—Soy un tío, Daniela, y a ellos sí que los entiendo. Te ven fácil y eso a mí no me gusta.

Habían llegado al estrecho portal y Daniela lo retenía para no continuar aquella conversación delante de su madre.

—Si no me dejo un poco, no me hacen ni caso. Que sepas que algunas hasta me tienen envidia.

—O lo aparentan. Y luego deben de reírse todos juntos a tus espaldas. ¡Pareces tonta!

Subieron ya en silencio los tres pisos sin ascensor, como tantos de sus vecinos de aquellas casas del Carmelo. Jimmy estaba enfadado y Daniela iba pensando que lo de Víctor quizá podía marcar el comienzo de una nueva etapa de su vida con los compañeros.

Durante la cena seguían en silencio.

—¿Cómo es que estáis tan callados? ¿Pasa algo? —preguntó su madre.

Daniela siguió comiendo desentendida, como en el séptimo cielo, y Jimmy estalló:

—¡Daniela, que...!

—¡Cállate! —murmuró ella entre dientes.

—¿Has vuelto a tener problemas en el colegio, hija?

—No —intentó zanjar Daniela.

—¡Lo que pasa es que ya no te das ni cuenta! —y, luego, dirigiéndose a su madre— ¡No sé por qué no la has sacado ya de ese colegio de pijos!

—Ahí se va a educar bien. Para eso nos vinimos acá. Para que tuvierais un porvenir.

La madre se volvió hacia su hijo mayor:

—Deja a tu hermana tranquila. Si tiene algún problema, ella lo dirá.

Daniela se apresuró a asegurar que era todo lo contrario, que Laura la había invitado a una fiesta.

—¿Laura? —la madre dudó unos momentos antes de continuar— ¿No se llamaba así la muchacha de las fotos?

—¡Sí, mamá, en casa de la misma Laura que luego enseñó a todo el mundo las fotos que le había sacado en los vestuarios!

Cuando los demás nombraban estas cosas, el dolor despertaba dentro de Daniela. Si permanecían a salvo solo dentro de su propia memoria, casi se diluían adormecidas.

—Pero, hija... ¿Y vas a ir?

—Yo sí que me voy a la cama, si no os importa. Ésta no tiene remedio y yo estoy hecho polvo.

Las jornadas de Jimmy no valían ni mil euros al mes, pero le cansaban como si le pagaran el triple. Recepción y mantenimiento. Lo que antes se llamaba ser portero, vamos. Y aún podía darse con un canto en los dientes porque el puesto hubiera quedado vacante hacía ya más de dos años y su madre, que trabajaba como limpiadora en el mismo edificio, se hubiera enterado la primera. Justo cuando acababa de cumplir los dieciséis y había decidido ya que aquel era su último año en el colegio. Veía a su madre matarse para mantenerlos y, a fin de cuentas, sus experiencias de aquel curso escaso habían dejado patente que él y el ámbito escolar, aquí también, se repelían sin remedio.

Hoy había tenido el turno corto. Los largos eran peores. Y ahora se acercaba el verano y tenía todos los números para que le tocara hacerlos todos los días, al

menos durante un mes. El otro empleado era más antiguo. Él no sabía ni cuándo podría coger vacaciones.

Capítulo 6

El sábado por la tarde, Daniela se puso el pantalón de su chándal más nuevo con una camiseta de escote bastante bajo que creía que la favorecía, que la hacía más delgada, y se calzó las bambas recién lavadas.

Bajó hasta la Rambla del Carmelo. Era el mismo camino que recorría cuando iba a clase, pero después de atravesarla volvió a subir hasta alcanzar la calle Pedrell. Ésta era llana y la mayor parte de las viviendas eran casas unifamiliares bastante antiguas, bien conservadas pero no tan modernizadas como para haber perdido un cierto toque de romanticismo en las yedras por las fachadas, los diminutos jardines de entrada y los restos de azulejos.

Iba siguiendo la numeración pero enseguida vio a Víctor parado delante de una de ellas. Sería allí. Su hermano no podía tener razón contra aquellas emociones: la de que Víctor la esperara a ella, por ejemplo, todavía mayor que la de asistir a la fiesta, que en su interior sofocaban cualquier miedo, cualquier prevención.

Casi ya a su altura, la mirada de Daniela siguió con inquietud, con desconcierto los gestos de Víctor que apuraba su cigarrillo -polo rojo Fred Perry-, tiraba la colilla al suelo -pantalón beige oscuro de pinzas- y la aplastaba con la punta de su zapato. El beso en la mejilla con que la recibió diluyó el pensamiento de que sería que había dejado ya dentro otra ropa para cambiarse.

Subieron los tres escalones, “Usted primero, señorita”, y llamaron a la puerta.

Cuando Laura abrió, la vio al mismo tiempo que su propia imagen reflejada en el espejo del recibidor y sintió como un vértigo de incredulidad. Laura sonreía desde la altura de sus tacones, desde el claroscuro producido en su rostro maquillado por la melena recogida hacia un lado, y sujetaba levemente con sus manos de uñas pintadas el vuelo de su vestido para hacerlos pasar. En medio de la sensación de irrealidad que la invadía, aún consiguió reunir fuerzas para dirigirse a Víctor:

—Pero... ¿no me dijiste que...?

Ya el chico se dirigía hacia el fondo, hacia el jardín con la piscina que se veía al otro lado de las grandes cristaleras, donde estaban los demás.

—Pero, Daniela —dijo Laura haciendo aparecer en su rostro una expresión de disculpa—, ¿no te ha avisado Víctor de que habíamos cambiado de idea?... Bueno, no te preocupes. Ven a saludar a todos y luego te dejo algo para que te cambies.

Como un autómatas, siguió a Laura hasta el jardín lleno de conversaciones, gestos y risas cuyo sentido quedaba más allá del vacío de estupor en el que se sentía inmersa; luego, hasta la habitación: muebles blancos lacados, cortinas y alfombras cálidas, silloncitos tapizados, enorme cama... hasta que vio algo que la reconcilió con la realidad. Recostada entre los mullidos almohadones de la cabecera de la cama vio la preciosa muñeca de porcelana con su melena castaña rizada, su sombrerito de paja entretejida con cintas, su vestido de encaje claro, sus zapatitos de charol... y nunca había visto una tan grande.

—¿Te gusta? ¡Cuidado! No la cojas, yo te la enseño.

Sujeta en pie sobre la cama, la cabeza de la muñeca quedaba a la altura de la de Daniela. Sintió como si la mirara a los ojos, franca, abiertamente. La fascinó. Y deseó poder quedársela, poseer una muñeca como aquella sería...

—¡Venga, va! Vamos a ver qué te vale de lo que tengo por aquí.

Con el armario atestado de ropa de par en par, Laura rebuscaba y fue tirando sobre la cama algunas prendas.

Daniela se dejó hacer. Delante del espejo se fue viendo embutida sucesivamente en ropa que, claro está, la oprimía, que le iba demasiado larga, que le sacaba enormes michelines o que, directamente, no le entraba. Su mirada volvía cada vez a la muñeca. De pronto se dio cuenta de que no estaban solas en la habitación: por la puerta entreabierta asomaban las cabezas de las otras chicas, que acabaron por entrar y sumaron festivamente sus opiniones al proceso, hasta que decidieron que la única solución viable era aquel vestido de corte imperio. Daniela pensó que le chafaba el pecho y la hacía parecer embarazada, pero no le dieron tiempo ni a decirlo. La maquillaron, excesivamente para su gusto, aunque de nada le valieron sus tímidas protestas. Para las bambas no hubo remedio, porque calzaba tres números menos que Laura.

Cuando vio el efecto general ante el espejo, Daniela empezó a dudar de que fueran sinceros los halagos que las chicas le prodigaban. Cuando en el jardín Laura reclamó aparatosamente la atención de los chicos para que vieran el resultado de la transformación y ellos empezaron a jalearla entre risas y comentarios cada vez más subidos de tono, no le cupieron dudas. Pensó que se iba a desmayar de vergüenza y salió corriendo, entre las carcajadas y las burlonas protestas generales.

Cuando Jimmy volvió a casa aquella madrugada, le extrañó ver a su madre todavía despierta. Lo estaba esperando, le dijo, porque Daniela había vuelto demasiado pronto de la fiesta y se había encerrado en su habitación sin querer contarle nada, sin ni siquiera darle tiempo a darle la noticia del trabajo. Jimmy la tranquilizó prometiéndole que al día siguiente hablaría con su hermana.

Él se fue a dormir también, pensando en que eso era lo que a Daniela le convenía, un trabajo de verano, que la mantuviera bien lejos de aquellos mamarrachos. Pasarse el día en la otra punta de Barcelona. Esperaba que valorara la suerte que había tenido, o mejor dicho el esfuerzo de su madre por conseguirle aquella sustitución en el lugar donde ambos trabajaban. No es que fuera un chollo, la empresa ofrecía un sueldo de pena, pero era lo que había.

Capítulo 7

Julio de 2013

Las mujeres, si no eran hermosas, lo compensaban al menos con lo que se cuidaban y eran, las más de las veces, elegantes. Al principio llevaba la cuenta, hasta la décima, pero luego dejó que el número se diluyera en el movimiento de los eventos, en el ajetreo de las idas y venidas por entre horarios y ambientes cambiantes, gentes diferentes... Había ido cogiéndole cierto gusto, justamente a aquel ritmo de caleidoscopio.

Se había dado cuenta de que Marta al principio no las tenía todas consigo, estaba seguro de que en el fondo desconfiaba de que aquello fuera a durar. Aunque en su ambición de negocio no hubiera querido desaprovechar la ocasión, la prueba era que se había limitado a trabajar con uno, con él. Y podría decirse que había ido bien. Para los dos. Para los tres, en realidad, también para Laura, aunque ella no pudiera saber.

Llevaba ya tres meses largos y creía notar que la amalgama de prevención, temor, justificaciones, racionalizaciones, vergüenza o pudor que pudiera haber sentido al principio lo habían ido abandonando hasta casi desaparecer, lo habían ido dejando de alguna manera desnudo. “Igual que la rosaleta”, pensó, en uno de cuyos bancos de vez en cuando le gustaba volver a sentarse, como ahora.

Y ahora podía atreverse a volver la vista atrás y dejar transcurrir en su pensamiento la película desde el principio, en aquella cafetería:

Llevaba un rato hablando con su exmujer cuando ella entró. Pasó por su lado y fue a sentarse dos mesas más allá. Sin saludarlo, desde luego. La discreción había sido siempre el principio fundamental de la agencia de acompañantes.

No le hacía falta mirarla abiertamente para verla, esbelta, desenvuelta, elegante en su estilo casual, justamente el estilo era su punto fuerte.

La conocía. Con toda seguridad, más que a cualquiera de las demás mujeres —le repelía la palabra “chicas” con la que otros solían referirse a ellas— a las que hubieran podido contratar a lo largo de los años. Había hablado con ella en varias ocasiones, en la última quizá demasiado a juzgar por la reacción del cliente —cliente por partida doble, del estudio de arquitectura y de ella de rebote

—, que no pudo evitar dejar traslucir su molestia. ¿Qué había temido? Al fin y al cabo, él estaba allí casi en calidad de intermediario, en realidad.

No era la primera vez que algo así había sucedido. Pero él no podía evitar no ser ni gordo, ni calvo, ni vulgar, y las mujeres quizá necesitaban un respiro de transición antes de entrar en faena. Así lo veía él.

Podía reconocer que, en aquella ocasión, quizá se había dejado acaparar por ella poco más de la cuenta. Podía reconocer que le halagaba pensar que cualquiera de esas mujeres hubiera preferido que el cliente fuera él. La cuestión era que en aquella ocasión no había bastado con ceder con elegancia la conversación: había tenido que retirarse prudentemente.

Mientras pensaba en todo esto, su exmujer seguía insistiendo en el mismo históricamente recurrente tema:

—Que se venga a vivir conmigo una temporada, hasta que las cosas se reencaucen.

—No quiere. Ya sabes que piensa que sigues estando demasiado absorbida por tu trabajo.

Y, apenas hubo dicho esto, Mario vio venir el eterno reproche.

—¡Desde luego! Ya te has encargado tú bien de hacérselo ver así. Desde pequeña. Aunque ya sabes de sobra lo que siempre he pensado, que no es tanto cuestión de cantidad como de calidad. Y ahora tú estás aún en cierto modo pendiente de la reconversión. Con el estudio cerrado, no es tan fácil ni tan rápido estabilizar una cartera de clientes como autónomo, por muy optimista que tú te muestres.

El cuento de trabajar como autónomo que se había inventado precisamente para que su hija siguiera con él. En realidad al principio había pensado que podía ser así, pero durante aquellos dos últimos años y medio la perspectiva de cualquier trabajo había sido prácticamente nula. La cartera de clientes simplemente no existía, ni estabilizada ni sin estabilizar

—Ya ves que sigo defendiéndome bien. A Laura sigue sin faltarle de nada, incluido mi tiempo, cuando lo requiere.

La verdad era que no solo cada vez lo requería menos, sino que cada vez más su hija parecía desear disfrutar de un espacio sin él.

Y él ya estaba deseando desde hacía rato que su exmujer se levantara, que tuviera que irse, porque se sentía realmente agotado del esfuerzo que le suponía mantener relegada en un recóndito rincón su acuciante preocupación de estar esquilmando sus recursos económicos y con ellos la posibilidad de mantener

durante más tiempo aquella farsa.

En un momento determinado —su exmujer seguía hablando—, Claudia —al menos por ese nombre la conocía él— se levantó, volvió a pasar por su lado sin ni siquiera mirarlo y salió. Una mujer como otra cualquiera saliendo de una cafetería cualquiera.

Fue entonces cuando se le ocurrió la idea.

Aunque tardó otros dos meses en llevarla a la práctica. Ese plazo pudo conseguir darse a duras penas.

De vuelta a la realidad, miró los pétalos de rosa por el suelo en una alfombra rala y pensó que era como si ya se encontrase en el desenlace de la película. “De una película francesa, al menos”, bromeó consigo mismo.

Capítulo 8

La primera vez que lo vio, pensó que quizá no fuera él. La segunda, no le cupo la menor duda de que era el padre de Laura. Y todavía estaba bajo los efectos del estupor que le produjo la tercera vez —qué casualidad, de que no vivían allí estaba segura, y... de visita... cada vez iba acompañado de una mujer distinta... —cuando su hermano le habló:

—Como sigas ahí empanada no vas a acabar la faena.

Daniela llevaba ya casi un mes limpiando apartamentos, rellanos y escaleras, la lavandería o el gimnasio, lo que tocara. Le había cogido gusto a aquel edificio, “como en Estados Unidos”, le había dicho Jimmy, donde había algunos inquilinos fijos, pero donde se podían alquilar apartamentos por cualquier período de tiempo a partir de 24 horas. Le agradaba aquel trasiego incesante de gente diferente, a los fijos ya los iba conociendo y se distraía con la sorpresa de los nuevos.

—Es que es muy raro...

—Nena, o te explicas o vuelves al curro. Ya.

—El padre de Laura... Lo he visto ya tres veces.

—Tendrá algún amigo en el edificio. Aquí viene gente más bien de pasta, ya lo sabes.

—Pero no, iba cada vez con una mujer diferente.

Jimmy se tensó, miró a su hermana con una atención más fija.

—¿Estás segura? ¡No me jodas!

Algo le bullía por dentro y Daniela observó la extraña sonrisa de su hermano, quien no le dio tiempo a responder.

—¿Cómo es?

A medida que ella se lo describía, el chico fue ensanchando su sonrisa, algo cruel, pensó Daniela, y al final estalló en carcajadas.

—¡Baja del guindo, nena! ¡Ese tío es un gigoló!

—¿El padre de Laura? ¡Pero si es arquitecto!

—Raro sí que parece, sí, pero, si es el que pienso, es un gigoló. No es la primera vez que esa agencia alquila apartamentos, aunque las que trabajan normalmente son chicas.

—¿Y si es que él contrata chicas de esa agencia? Esta separado y quizá...

—No, tía, ese pavo tiene alquilado el 221, si lo he visto hasta en el gimnasio varias veces.

—¿Seguro que estamos hablando del mismo?

—Ahora lo compruebo, cuando baje a recepción. ¿Cómo se llama Laura de apellido?

—Puigvert.

Mientras volvían a casa, la excitación de ambos iba en aumento, incrementada progresivamente por la mutua interpelación.

—Es él, seguro, con ese apellido no cabe mucha duda.

—Nena, esto es una bomba. ¡Con todo lo que Laura y su panda de niñatos...! ¡Joder, joder!

—Ya ves. No me lo puedo creer.

—¡Qué asco de gente! Tan finos, tan estirados... Todo apariencia.

—A ver si ahora Laura se atreve a seguir mirándome por encima del hombro, a meterse conmigo...

—Están podridos, tía, la gente rica...o no tan rica, visto lo visto. Ya ves de dónde sale tanto derroche.

—¡¿Y cuando se enteren sus amigos?!

La expresión de Jimmy cambió de sopetón, se paró en seco y tardó un poco en volver a hablar.

—¡Vaya!

Luego se echó a reír al ver la cara expectante de su hermana y también cada vez más clara la idea que revolvía ya en su mente.

—No digas nada a nadie de momento —añadió—. Hazme caso. Espera.

Capítulo 9

Cuando Marta se lo había propuesto, a Mario le había parecido una buena idea.

—Es la mejor solución —había dicho ella con la sonrisa segura que le era propia. Un hombre puede hacer aterrizar un par de chicas en cualquier sitio y en cualquier momento. No hay malentendidos. Casi se cuenta con ello. Así son las cosas. Pero cuando se trata de una mujer ha de funcionar como si el acompañante fuera un amigo suyo que vive en la misma ciudad. Ella aprovecha su viaje de negocios, o profesional, para verlo.

Era curioso cómo sonreía siempre que estaba segura de convencer, pensó Mario, miraba con esa complicidad que hacía participar al interlocutor de la razón que ella aportaba.

—En cuanto al gasto extra que a ti te supondría, quedará compensado porque podremos incrementar algo el precio del servicio.

—¿Y dónde están esos apartamentos?

—Aquí cerca, en...

“Tranquilo, lejos de tu casa”, creyó leer Mario en sus ojos. Pero quizá era solo su propio pensamiento.

Y la verdad era que hasta ahora había funcionado perfectamente. Pagaba la mitad del alquiler, que estaba a su nombre, y había ido asumiendo que era como una oficina, como el lugar a donde se trasladaba para trabajar, aunque además lo había ido utilizando cada vez más para sí mismo, cuando estaba libre, como un espacio propio y solo suyo donde se iba asentando y relajando en su nueva identidad, sobre todo ahora, en Julio, mientras Laura estaba con su madre.

Pero hoy...

Era ya tarde, casi las cuatro, y no había comido.

No hubiera podido, después de aquella carta.

Mario buscó con la mirada otro banco más sombrío, su desazón incrementaba los efectos de la alta temperatura. A aquellas horas el parque solía estar desierto, por eso se fijó en la mujer sentada sobre la maleza, bajo los pinos. Tenía la cabeza reclinada contra un tronco, las gafas de sol en la mano y los ojos

cerrados. ¿Dormiría una siesta? Desde su nuevo banco, la observó de más cerca, sin recato. Iba vestida con un traje pantalón claro de manga corta; la blusa, suelta, era de un verde dulce que de alguna manera la integraba en el paisaje. Casi lo sobresaltó el movimiento de la mano que se alzó para agitarse por un breve instante ante el rostro. ¿Algún insecto, alguna mosca? ¿No dormía, pues?

El gesto le había resultado vagamente familiar. Se fijó en su rostro con más atención. Sería aproximadamente de su misma edad, eso aparentaba, aunque con las mujeres nunca se sabía. Súbitamente, a aquel rostro cuidadosamente maquillado enmarcado por un pelo muy corto y canoso se superpuso la imagen de otro rostro joven, limpio, medio oculto por una larga melena rubia abundante y rizada, libre. ¿Era el mismo? ¿Rocío?

Como si en lugar de pensar solo en su nombre lo hubiera pronunciado, ella abrió los ojos y él entonces tuvo la certeza. Sí. Rocío.

La mujer frunció un ceño perezoso al encontrarse de repente a aquel hombre mirándola fijamente, sonriendo. ¡Dios! ¿Algún baboso? Y ahora se acercaba, venía hacia ella. ¿Volver a cerrar los ojos y desentenderse? Mejor levantarse. Miró el reloj. Sí, ya eran más de las cuatro y realmente tenía que ponerse ya en movimiento.

—¿Rocío?

—¡¿Gassman?!

Se abrazaron.

—Tú me lo pusiste, ese apodo. ¿Aún te acuerdas?

Sí, por la moto, que se había convertido en un signo de tu identidad, pensó ella, que en aquel entonces se había sentido orgullosa de su propio ingenio con el juego de palabras, y porque te dabas un aire al actor. Pero se limitó a sonreír. El mote se lo puso antes de haber leído las memorias del italiano, aunque después de leerlas pensó que quizá los apellidos contenían algo más que la casualidad de la herencia: en aquel parecía alojarse la autosuficiencia, la impunidad del poder, de cualquier tipo que éste fuera, una cierta misoginia inseparable del afán del conquistador de mujeres...

—¿Y cómo te va?... ¡Cuánto tiempo!

—Ya ves. Yo sigo trabajando en el periódico. ¿Y tú? Alguien me dijo que habíais abierto un estudio. ¿Cómo lleváis la crisis del sector?

Había habido siempre un deje de ironía en sus palabras, en sus comentarios, aunque a veces no fuera fácil el detectar el porqué.

—Ahí andamos. ¿Y qué, te ves aún con gente de aquella época?

—Tú ya sé que poco, sobre todo últimamente. Yo, sí, la verdad. Es gente que

me sigue dando más confianza que toda a la que he conocido después.

A Rocío él la había conocido durante su primer año de Universidad, pero la mayor parte de aquel grupo habían ido ya juntos al mismo instituto.

—Hicisteis juntos la educación sentimental —sonrió Mario.

—Es cierto. Y, cuando te conocimos, parecía que tú la hubieras hecho ya por tu cuenta —se rio ella.

—¡Parecía!

¿Dudaba? Realmente los años no pasaban en balde, a veces sorprendían las personas que el tiempo nos devolvía.

Caminaron juntos hasta la salida, después por la Diagonal. Rocío encendió un cigarrillo.

—¿Tú crees que habrá algún estanco por aquí? —dijo al ver que era el último de la cajetilla.

—Creo que en una de las primeras calles que salen, aquí a la izquierda.

Por el pequeño espacio del estanco pululaba un perro suelto, de mediano tamaño. A Rocío la sorprendió el hecho, pero más la sorprendieron las palabras del amo:

—Venga, cariño, ven por aquí, que ya nos vamos. ¡No! Mira, es que le gustan los chicles... Pero tú no puedes, cariño, que te atragantas.

Rocío salió justo detrás de la pareja hombre-perro y le hizo a Mario, que la esperaba fuera, un gesto divertido señalándolos.

El perro se acercó al escaparate de una tienda de *spa*.

—No, no, tú no necesitas ir ahí —dijo el amo—. Eso son los humanos; tú, no.

Hablaba con esa pizca de desafección, ese punto de más en el tono de voz de los que se escuchan a sí mismos. Mario y Rocío se miraron riéndose. Recordaron otros episodios curiosos de su juventud que también les habían hecho reír, como cuando un día en el metro el movimiento del vagón hizo sentarse de golpe a una señora antes de tiempo sobre una de las bolsas que otra estaba retirando del asiento contiguo mientras exclamaba: “¡Ay, las uvas!”; o cuando subieron al autobús 40 una noche, por la hora debía de ser el último, y el conductor les preguntó hasta dónde iban y si sabían el camino, porque había tenido que cubrir una emergencia y desconocía la ruta.

Se sintió de alguna manera trasladado en el tiempo y agradeció la sensación de relajación y comodidad que ello traía.

Ella parecía igual de a gusto. Y no era cuestión de atracción erótica. Tampoco antes, sorprendentemente, lo fue nunca. Era un tipo de cercanía extraña

que Mario jamás había conseguido clasificar entonces y que ahora realmente agradecía, sin más.

Capítulo 10

Agosto de 2013

Daniela no entendía por qué Jimmy se había enfadado tanto con ella. Le había recriminado el no haber hecho caso a sus advertencias de que no debía gastar más de la cuenta. Pero al fin y al cabo acababan de pagarle su primer sueldo. Y su madre le había dicho: “No hacía falta, Daniela; tú ahorra tu dinero”, cuando le dio el bolso que le había comprado, pero la vio contenta y orgullosa. Le parecía lógico querer tener un detalle con ella, ahora que disponía de dinero propio. Era verdad que en circunstancias normales casi se habría quedado sin nada, si añadía la ropa que pensaba comprarse en las rebajas. Pero ahora las circunstancias eran otras. Aún iba a trabajar un mes y medio más, y luego aún seguiría recibiendo dinero. Según su hermano, por mucho tiempo. Sentía por dentro el gusanillo de la emoción, del riesgo, de la aventura. Su hermano tenía buenas ideas. Aunque a veces le riñera, como en esta ocasión, sobre todo por haber comprado la muñeca.

Había empezado a soñar con aquella posibilidad a los pocos días de estar trabajando. Miró por algunas tiendas de aquel barrio. Allí había tiendas de ricos. Preguntó precios. Las más baratas valían la mitad de lo que le iban a pagar al mes. Las que más le gustaban, un sueldo entero. Imposible, Y ninguna era tan preciosa como la de Laura.

Cuando ya había llegado a la conclusión de que por lo menos nada le impedía seguir soñando, descubrió una nueva en uno de los escaparates de los cuales su madre ya empezaba a estar harta de tener que arrancarla, agotada como estaba cada día al final de la jornada y deseosa de llegar a casa cuanto antes.

No era tan grande como la de Laura, pero casi, y el vestido era de un color amarillo dorado, igualito al del pelo. Llevaba también un sombrerito, y un bolso adornado con flores secas, y sus ojos también miraban, de una forma que le hacía sentir como una traición el no comprarla, ahora que se habían encontrado.

Hacía ya una semana que la tenía, por fin, allí, sobre su cama. No se cansaba de contemplarla porque estaba convencida de que la expresión de la muñeca de alguna manera le devolvía su propia alegría, su propia satisfacción.

Capítulo 11

Ahora viajaba en metro siempre que iba solo.

Tenía el Audi en el garaje de los apartamentos y solo lo utilizaba cuando tenía que llevar a las mujeres.

Había empezado a hacerlo desde principios de Julio, cuando Laura se había ido con su madre de vacaciones, indudablemente le salía más barato.

A su lado, un grandullón repasaba literalmente con lupa una cartilla de ahorros.

Delante de él, de pie, una adolescente con unos cascos enormes canturreaba en inglés y amagaba movimientos de baile. Tendría la edad de su hija.

Laura seguía de morros, desde que había vuelto a casa y él había tenido que decirle que solo podían ir dos semanas de vacaciones en agosto. No se había atrevido a recortarlas del todo. Para entonces, claro, ya había decidido pagar el chantaje. De hecho, lo pagó al día siguiente de que Laura regresara. No podía arriesgarse a no cumplir con el plazo.

La carta la había tirado enseguida, hecha añicos, pero podía verla sin ni siquiera tener que cerrar los ojos, pegada en su memoria como un chicle en verano a la suela de un zapato.

Y no solo la carta. Cada secuencia de aquella otra película maldita:

Había salido del apartamento. Iba a casa. Al pasar por delante del mostrador del conserje, el chico no le devolvió el saludo sino que le dijo:

—Sr. Puigvert, han dejado una carta para usted.

¿Quién iba a escribirle allí?

La abrió y la había ya leído al pisar la calle, menos mal que estaba fuera del edificio, porque tuvo que leerla otra vez, y otra, y otra, imantado a la acera. A punto estuvo de volver y preguntarle al chico quién la había traído, pero alcanzó a darse cuenta de que resultaría ridículo, y además era incapaz de moverse.

Las letras eran todas mayúsculas.

Le exigían dejar 3.000 euros cada primero de mes, a partir del de agosto, allí mismo en un sobre a nombre del Sr. Gómez. De no hacerlo, le amenazaban, como era de esperar, con levantar la liebre acerca de su actual actividad.

¿Quién y cómo podía haberse enterado?

En vano había recorrido mil veces, en una febril actividad mental que ya duraba dos semanas, cada cita, cada recorrido, cada lugar. En vano.

El día 1 de agosto había dejado el sobre en conserjería. No al mismo chico que le había entregado a él el anterior sino al otro, el de más edad, quien distraídamente y sin dejar de silbar salvo los segundos imprescindibles para saludarlo, lo dejó en un compartimento sin número donde había ya un par más.

Había tenido la tonta tentación de quedarse en los sillones del *hall* durante todo el día para intentar averiguar quién iba a buscarla.

Todo el día era imposible, pero quizá algunos ratos...

Se había sentado allí a leer los periódicos durante más de una hora. Había subido al apartamento a preparar la bolsa para el gimnasio. Había vuelto a bajar con ella. Se había acercado a hacerle al conserje un comentario superfluo sobre el calor que no daba tregua durante aquellos días. El sobre seguía allí, lo distinguía porque había quedado colocado como al bies, con una esquina que sobresalía desalineada.

Había salido a la calle. Había vuelto a entrar al cabo de unos minutos. Ahora, tras el mostrador estaba el otro empleado de mantenimiento, el joven. ¿Rubén? ¿O era ése el nombre del mayor? El otro nombre era Jimmy, pero, no sabía bien por qué, no conseguía adjudicarle a cada uno un nombre con certeza. Por eso evitaba dirigirse a ellos por su nombre.

El chico lo había mirado como esperando una demanda. Había sido consciente de su actitud de estatua desde hacía ya varios minutos y, con un gesto desaliñado de saludo, se había puesto en movimiento hacia la escalera que bajaba al gimnasio.

En la cinta, sus pulsaciones se habían disparado enseguida. Había disminuido el ritmo, aunque había pensado que quizá no se debieran solo al ejercicio. La monserga de los sonidos, la neblinosa luz, el aire habitado por el vaho y el sudor de la acumulación de esfuerzos, el ambiente habitual en suma, había adquirido de pronto un carácter distinto como si se hubiera detenido en el reflejo del espejo que congelaba el movimiento y lo absorbía todo.

Había sentido frío su propio sudor.

Tras ducharse, había recogido sus cosas, había subido al *hall* y, tras cerciorarse con una rápida ojeada al atravesarlo apresuradamente de que el sobre seguía allí, había salido, había cruzado la calle y había ido a sentarse en la terraza del bar de enfrente.

Había aguantado allí todavía una hora más, durante la que no salieron del edificio más que tres o cuatro personas a las que conocía de vista como

inquilinos y el conserje, el joven, ¿Jimmy?, ¿Rubén?, para fumar un cigarrillo. Si, al entrar, el sobre ya no estuviera, podría por lo menos centrar sus sospechas en aquellos inquilinos... Pero no podía quedarse allí por más tiempo. Al día siguiente emprendía el viaje con su hija y aún había de preparar su equipaje antes de acompañar a una clienta aquella noche.

Cuando pasó por última vez por delante del mostrador de camino hacia su casa, nadie había recogido aún el sobre.

Capítulo 12

Septiembre de 2013

Rocío había conseguido milagrosamente sentarse en el abarrotado vagón del metro y se había ido relajando dejándose llevar por un hilo de asociaciones de pensamiento ensimismado que interrumpió bruscamente la música estridente de un móvil seguida de la no menos estridente voz de la persona que hablaba enseguida por él:

—Sí... ya llego... un par minutos... saliendo de Urquinaona.

Rocío no conseguía ver desde su asiento ni el nombre de la estación donde estaban parados ni la línea del recorrido que había en las paredes del vagón. Y la megafonía no pasaba de ser una parte del ruido. Pero al oír aquello se levantó apresuradamente. La siguiente parada era la suya. Cuando la marea de gente que salía la depositó en el andén, vio, atónita, que estaba en Cataluña, dos paradas antes de lo supuesto.

Llegaría tarde, ya iba con el tiempo justo y ahora habría de caminar casi un cuarto de hora. Era domingo y, a esa hora, si esperaba el metro siguiente, iba a darle lo mismo.

Salió a la superficie. Sonreía para sus adentros. No era la primera vez que oía algo semejante. ¡Dios mío! ¿Tendrían aquellas conversaciones mentirosas realmente un efecto placebo que aplacara por sugestión la impaciencia de quien esperaba?

Por eso no pudo evitar soltar la carcajada cuando, a la altura de la Plaza de Urquinaona, se cruzó con otra voz que decía: “Sí, bajando ya por las Ramblas...”

El tardón de turno la miró molesto y ello reavivó su risa mientras le devolvía la mirada descarada y divertidamente.

Cuando entró al restaurante del Borne donde había quedado con Mario para comer, lo vio en la barra agarrado a una cerveza con cara de ningún amigo.

—La vas a calentar —saludó Rocío.

—Creí que no venías —contestó Mario sin soltar el vaso.

—¡Pero si fui yo la que te llamé!

Le explicó el motivo de su retraso y la expresión de Mario perdió apenas un

punto de tensión, lo que hizo a Rocío pensar que esta no se debía exclusivamente a su tardanza.

—¿No te vas de vacaciones? Yo diría que te hacen buena falta.

—Acabo de volver.

Mario fue consciente simultáneamente del sentido del comentario de Rocío y de lo que lo provocaba, pero no quiso o no pudo improvisar en su rostro otra expresión.

—¿Dónde has estado? ¿Con quién? ¡Cuéntame!

—He estado con Laura, mi hija, dos semanas en Turquía. Hacía tiempo que se lo tenía prometido.

Les trajeron la carta, la consultaron, pidieron y el silencio se alargó hasta después de haberles servido. Un silencio extraño que ella intentaba romper con comentarios inocuos sobre los platos y que apenas provocaban lacónicas respuestas por parte de Mario. Se concentró en su plato de caracoles.

Curioso plato. Le encantaban. Pero para poder saborearlos había previamente que extraer el animalito de su concha y separar cuidadosamente el saquito de mierda que llevaba adherido. Entonces y solo entonces se podía disfrutar del manjar.

Eso le trajo una idea y entró a saco:

—Has tenido problemas con ella, ¿no?

Benditos caracoles. Solo por cómo el hombre la miró ya vio que no había errado el tiro. Porque a partir de ahí Mario se explayó hasta prácticamente acabados los postres primero sobre el talante de los adolescentes en general, sobre lo difícil que resultaba mantener el tipo ante aquel vaivén incontrolable de exigencias y zalamería, aquella barahúnda de sentimientos indefinidos y distancias inexplicables; después sobre los particulares de su relación antes de, durante y después del viaje con su hija, quien no quería entender que los requerimientos de su trabajo no le permitían más tiempo de vacaciones ni la posibilidad de salir unos días a navegar en Septiembre. Dejó incluso entrever torpemente camuflado de comprensión, su temor a que este desentendimiento, que lo mantenía exhausto, llevara a su hija a apartarse de él y probar suerte con la madre, al fin y al cabo, las dos eran mujeres, quizás en esta etapa le conviniera, se llevaran mejor.

—Bueno —dijo Rocío tras el chaparrón—, pronto empezará el curso y tal vez todo se reencauce con la vuelta a su ambiente habitual, a sus amigos y compañeros, al estudio...

—¡Ojalá! —suspiró Mario algo más relejado, aunque todavía ausente. Entre

sus enrevesados pensamientos se abrió paso uno claro: ¿Cuánto hacía que no hablaba tanto realmente, de sí mismo, con alguien?

Capítulo 13

Octubre de 2013

Finalmente, su padre la había llevado a navegar. Aún le daba rabia pensar que le hubiera costado tanto convencerlo. Pero ahora su piel ostentaba su triunfo. Aquella semana en el mar la había curtido suavemente fijando en su piel el bronce acumulado a lo largo del verano.

“Me va a durar el moreno más que a nadie”, se dijo satisfecha mientras subía al tercer piso, donde se encontraban las aulas de Bachillerato.

Hacía ya tres semanas que se habían reanudado las clases.

—¿Has visto, la dentuda? Ha debido de estar trabajando todo el verano y se ha comprado ropa.

Su amiga Lucía le señalaba a Daniela, en el pasillo que acababan de dejar.

—Pero sigue siendo de mercadillo, seguro.

—¡No te creas! Esos pantalones...

—Pues vas a tener razón... ¡Son unos...! ¡Aunque, por mucho que la mona se vista de seda...!

Las dos rieron.

—Pues tiene un hermano que está bastante bueno —dijo Lucía.

—¿Sí? ¡Será de otro padre! ¿Cómo lo sabes?

—Me lo presentó el otro día. Los encontré en el metro.

—No habías dicho nada.

—Ya, no sé, como este año repite y apenas la vemos...

—¡Cuenta!

—Fui yo la que me acerqué, tía. Los veía que me miraban y cuchicheaban disimulando, así que allá fui, me pareció divertido.

—Y porque el tío estaba bueno.

—Sí, pues también... aunque un poco pinta de pandillero sí que tiene. Y me dio la impresión de que algo debe de saber de lo que hay entre ella y nosotros, porque muy simpático no estuvo.

—Aunque tú ya me imagino que debiste de desplegar todos tus encantos —dijo Laura adoptando una pose seductora y dándole luego un pequeño empujón con el hombro—, ¿eh?

Sonó el timbre y entraron en el aula.

Daniela también acababa de entrar en la suya. Ni me saludan, pensaba. Solo Lucía, el otro día, en el metro... Tampoco me molestan. Me ignoran. Precisamente ahora... Apretó los labios.

Llevaba en ascuas desde que había empezado el curso. El primer día, cuando los reunieron a los mayores en la sala de actos para el de apertura, no se había enterado de nada, había pasado todo el tiempo alimentando la ensoñación de pedir el micrófono para intervenir, o mejor aún subir al escenario y gritarles a todos lo que sabía. Lástima.

Pero tenían que haberse dado cuenta de la ropa. Siempre se fijaban. Y qué pena que no pudieran ver la muñeca.

Al salir de clase, Lucía y Laura pasaron junto al grupo donde estaba Daniela. Laura metió la cabeza entre ellos:

—¡Dracuela! ¡Has aprovechado las rebajas!, ¿eh?

—¿Qué haces, tía? —la recriminó falsamente Lucía sin poder contener la risa— Vámonos, tengo prisa.

—No he podido evitarlo.

Y, tras una pausa:

—Casi la echo de menos. Tenerla a mano tenía un punto.

—Pues me parece que a ella no debe de importarle. ¿Has visto cómo nos ha sonreído?

—Se le habrán subido... los pantalones a la cabeza. Bueno —continuó, dejando de reír—, hemos de ir pensando en Halloween.

—Aún queda tiempo.

—¡Ha de ser sonado! ¡Es nuestro primer Halloween de mayores de edad... para algunas cosas!

—Pues es verdad, tienes razón. ¿Se te ha ocurrido ya algo?

—Sí, algo. El barco de mi padre, por ejemplo.

Capítulo 14

Noviembre de 2013

—Necesito tu ayuda.

—¿De no ser así no me hubieras llamado?

Pero Rocío enseguida vio que Mario no estaba para bromas.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Sin andarse con rodeos, él pasó a explicarle a qué se dedicaba.

—Eres la primera, la única persona que lo sabe... aparte de las directamente implicadas en el asunto, claro.

Le explicó también lo del chantaje. Que no podía más, que la situación estaba resultando insoportable, le dijo. Que no había podido alquilar el barco hasta mediados de septiembre por ir a navegar con Laura, que luego había vuelto a perder otro cliente porque su hija lo quería para celebrar en él la fiesta de Halloween con sus amigos. Que a las pérdidas que ello suponía se habían sumado los gastos del comienzo de curso y que a principios de mes tenía que pagar otros 3.000 euros.

—¿Y yo cómo puedo ayudarte? —acertó a decir Rocío con una voz pequeña afectada por el estupor— Yo, dinero... no...

—No es eso lo que quería pedirte —la interrumpió Mario—. ¡Ayúdame a investigar quién es! Eres periodista, seguro que tienes recursos, que podrías.

Cuando se levantaron del velador de la Rambla del Raval, ya era casi de madrugada y tenían pergeñada una primera estrategia para su investigación.

A partir del día siguiente, o mejor dicho desde la mañana de ese mismo día, y siguiendo las pautas marcadas por Rocío, Mario fue repasando meticulosamente todos los hechos desde su primera conversación con Marta. Se trataba de identificar a todas y cada una de las personas con las que Mario hubiera tenido contacto, por muy tangencial que este pareciera, los encuentros casuales, y de analizar minuciosamente la posibilidad de que cualquiera de ellas fuera el ¡o la! chantajista.

Pusieron a prueba la memoria de él y el ingenio, incluso la imaginación de ambos. Tras ímprobos esfuerzos, solo pudo recordar dos personas que no fueran absolutamente desconocidas: el constructor y la chica latina.

Recordó en voz alta para Rocío, con todo detalle, ambos encuentros. Primero, siguiendo el orden cronológico, el del constructor:

Recordó que caminaba Rambla de Cataluña abajo cuando se lo encontró. Él hubiera pasado de largo sin haberlo visto, pero el otro lo detuvo con un saludo:

—¡Hombre, chico, Puigvert, *cuántos tiempos!*

Era un hombre chaparro, que, a pesar de llevar siempre un pastón de ropa encima, nunca había conseguido parecer elegante; un constructor para el que había trabajado en un par de ocasiones.

—¿Cómo te va? —le respondió Mario al saludo.

—Bien... bueno, a pesar de la que está cayendo no me puedo quejar.

Sí, pensó Mario, era ese tipo de persona cuyos negocios eran lo suficientemente oscuros como para sobrellevar a flote cualquier crisis.

—Pues me alegro de haberte encontrado, chico. Quería llamarte o pasarme por el estudio, pero me *dijieron de que* habéis cerrado.

—Ahora vamos por libre, cada uno.

Mario tuvo la esperanza de que quisiera ofrecerle trabajo, pero el hombre manifestó enseguida sin rodeos cuál era su interés.

—Oye, chico, *me se* está ocurriendo una cosa: ¿tú podrías darme el contacto de la agencia aquella? Estoy buscando unas *titis* para una despedida de soltero.

Mario controló el escalofrío para responder con serenidad:

—¿La agencia de Marta? Sí, creo que puedo darte un teléfono. Debo de tenerlo por algún sitio. Déjame tú el tuyo, lo busco y te lo envío.

De aquel encuentro debía de hacer por lo menos... sí, unos cinco meses, con certeza antes de haber comenzado el chantaje. Con un tipo como aquel nunca se podía estar seguro. Vete a saber qué había podido averiguar y de lo que era capaz.

Le había enviado el teléfono en un *whatsapp* y se había desentendido de la historia.

Rocío le dijo que había que llamarlo. Él pensó que podía resultar un poco raro, después de tanto tiempo, interesarse por el resultado de la gestión. Pero no le quedaba más remedio.

—Soy Mario Puigvert. ¿Cómo estás?

—Bien, chico, ¿y tú?

Notó, claro, o le pareció notar, la extrañeza del otro. Y se lanzó sin red a una

perorata averiguatoria:

—Bueno, ya sé que ha pasado mucho tiempo, pero se me va sin darme cuenta, como a las brujas, que decía mi madre. Quería haberte llamado antes para ver si te había servido el teléfono que te di. ¿Diste con Marta? Supongo que sí, porque, si no, me hubieras dicho algo, ¿no? Yo tengo algún otro contacto. Aunque, claro, ahora ya se habrá casado tu amigo de sobra, qué tontería...

—Gracias por el interés, chico. Quizás era yo el que tenía *de* haberte dicho algo. Pero por fin no *hice servir* tu contacto. Otro amigo había resuelto ya la papeleta. Esa agencia tenía muy buen género, pero, la verdad, chico, a partir *de un nivel de pasta* esas agencias son todas *pie con bola*, ya sabes.

—¿O sea que no llegaste ni a llamar? Lo digo —reencauzó Mario— por saber si aún sirve ese número.

—Pues no, la verdad. Pero lo guardo, nunca se sabe. Y, chico, si quieres te puedo pasar el contacto que *hicimos servir*...

Mario encajó con repelús la risa con la que el otro acabó la frase.

Y la conversación. Tan solo ya se despidieron.

“No sé si respirar tranquilo”, le dijo después a Rocío. ¿Era de fiar, en algún momento? Siempre había la posibilidad de comprobar con Marta que, efectivamente, no la había llamado. Pero, ¿cómo hacerlo sin contarle toda la historia? Bien mirado, dijo Rocío, no era tan difícil dada la circunstancia objetiva en la que había tenido lugar la petición.

Y lo hizo. Pasó por la agencia y le preguntó a Marta si la había telefoneado un conocido suyo, como interesándose por el resultado de su propia mediación, nombrando como de pasada el tiempo que hacía de ella. Pero a Marta no era fácil despistarla.

—¿Y me lo preguntas después de tanto tiempo?

—Ya, pero al fin y al cabo era un antiguo buen cliente, y podría volver a serlo en un futuro, nunca se sabe. Como no me dijo nada ya después, no fuera a ser que hubiera tenido algún problema...

Marta lo comprobó y no, no había llamado aquel señor.

—Por eso no te habrá dicho nada —concluyó ella.

Además, era poco probable que se hubiera arriesgado a ir al edificio corriendo el riesgo de encontrarse con Mario. Aunque, obviamente, hubiera podido mandar a alguien en su lugar. Empezaba a no pensar con claridad. Pero, realmente, como dijo Rocío, ¿qué sentido hubiera tenido para aquel hombre, aunque Mario lo creía muy capaz de ello, meterse en semejante berenjenal,

yéndole bien sus negocios, cosa que comprobaron hasta donde podían? ¿No hubiera deducido fácilmente que la economía de Mario no era precisamente boyante? ¿No estaba este seguro de que si alguna virtud tenía aquel hombre era su vista de buitre para los negocios?

Descartaron al constructor.

—De momento —había accedido Mario.

Capítulo 15

Y se centró en la chica latina. Estrujó su memoria. Dominicana, era, consiguió recordar. Su aspecto físico lo tenía claro porque había vuelto a verla después, en realidad hacía muy poco, saliendo una mañana del edificio de apartamentos. No sabía si ella también lo había reconocido.

Retrocedió hasta el día de aquel encuentro, que, con ayuda de su agenda, situó como el 10 de septiembre y que no había empezado precisamente bien. Durante la noche había tenido uno de esos angustiosos sueños en que crees estar despierto pero no consigues despertar, sientes un miedo acuciante y gimes, y no eres capaz de articular el nombre del ser querido al que llamas en auxilio, el grito se estrangula en el fondo de la impotencia, del búnker de la inconsciencia que la voluntad no logra traspasar. Luego se había desvelado, pensando en por qué se sueña algo así, en a quién había llamado pidiendo socorro. Y, cuando sonó el despertador, el tiempo tenía ese carácter aparentemente lento pero que no cunde, y tuvo que correr para llegar puntual a su cita.

La clienta era una mujer más o menos de su edad, una enfermera especializada en el área de salud mental que asistía a un congreso sobre esquizofrenia, creía recordar. Tenía que acompañarla al *brunch* de clausura y conducirla después al aeropuerto.

No llevaban mucho tiempo en la sala, donde la comida estaba organizada a modo de bufé, distribuida en mesas convenientemente dispuestas para que los asistentes pudieran moverse a sus anchas, encontrarse y hablar, esa era la idea, le explicó ella, cuando uno de los asistentes se les acercó prácticamente arrastrando a su pareja. Resultó ser un psiquiatra de Valencia con el que la enfermera había trabajado durante una larga temporada de muy satisfactoria colaboración al parecer, pues ambos se enzarzaron en entusiastas recuerdos y efusiones y transcurrió un buen rato hasta que cayeron en la cuenta de que no habían presentado a sus respectivos acompañantes, momento en el cual Mario ya estaba preparado para aceptar que la chica fuera la hija de un colega, de vacaciones aquí, ¡qué casualidad!, ¿verdad?, como el doctor dijo, lo mismo que él era el viejo amigo al que hace tiempo que no se ve. La verdad es que la chica colaboraba representando a la perfección su papel, pero Mario estaba

prácticamente seguro de que era ella la misma que su antiguo estudio había contratado en la misma agencia para acompañar a un promotor en un crucero por las islas griegas.

El que ella lo relacionara con esa ocasión era hartamente improbable y, en todo caso, había carecido entonces de importancia, pues no tenía nada de particular que dos personas como él y la enfermera fueran amigos, u otra cosa, era igual, todo era perfectamente verosímil y no podía despertar suspicacias ni, menos, sospecha alguna.

Pero eso era lo que había pensado entonces. Ahora, se le ocurrían mil posibilidades inquietantes. De no darse las actuales circunstancias, él ni se hubiera vuelto a acordar de aquella chica, quizá ni tan siquiera se hubiera dado cuenta de que era la misma con la que se había cruzado en el hall de los apartamentos hacía pocos días. Quizá ella lo había visto otras veces en el edificio, sin ser él consciente, y había sacado sus propias conclusiones. O quizá había visto u oído algo en la agencia.

Podían estar al acecho, observarla, vigilarla o incluso seguirla si volvía a aparecer por los apartamentos, pero también podrían perder mucho tiempo esperando a que se diera esa circunstancia.

—De momento —propuso Rocío—, podrías hablar con Marta sobre el asunto.

Al ver la cara de extrañeza de Mario, aclaró:

—Estoy pensando en que podrías decirle que te inquieta la repetición de tus encuentros con la chica, que temes que pudiera llegar a sospechar algo y comentárselo a alguien inconveniente.

A Mario no le quedó más remedio que hacerle caso.

—Pero, ¿de quién se trata? —preguntó Marta.

—Es una chica dominicana, con una melena... como muy loca.

—¿Ivana?

Mario reconoció el nombre que no había sido capaz de recordar antes.

—Sí, creo que es esa.

—Pues tranquilízate. Yo no creo que haya descubierto tu... secreto —y Marta pronunció la palabra como masticándola en la boca con un aliño de sarcasmo pero dirigiéndole al mismo tiempo una mirada protectora, casi maternal—, y poca ocasión iba a tener para divulgarlo, además, porque se vuelve a su país.

—¿De verdad? ¿Cuándo? —no pudo evitar decir Mario.

—Dentro de un par de semanas. Eso es lo que me ha dicho.

Capítulo 16

—Me pareció haberle dejado bien claro en nuestra conversación telefónica que no recibimos a periodistas —dijo Marta.

Rocío no se arredró:

—Le pido perdón por haberla abordado así, pero es que estoy segura de que después no se arrepentirá de haberme concedido los cinco minutos que le pido. Mi trabajo puede beneficiarla.

Marta pensó que los cinco minutos se le iban a ir de todas formas intentando quitársela de encima.

—Está bien. Cinco minutos.

—El reportaje trata de reivindicar el trabajo de las mujeres para agencias como la suya —dijo Rocío, sin que aparentemente la achantara el hecho de tener que explicarse allí, en plena calle.

—¿Cómo ha conseguido el teléfono, la dirección?

—Mi investigación no ha empezado por usted. Ya he hablado con algunos clientes: compañeros, amigos, conocidos... gente que confía en mi profesionalidad.

—Yo no veo el motivo que pudiera llevarme a trasgredir mi principio de no hablar con los medios de comunicación.

—Piense en la ley del aborto. ¿Cuál es el principal argumento que se está utilizando para defender el derecho de las mujeres a decidir?: que ellas son dueñas de su propio cuerpo.

—No recuerdo para qué medio me dijo que trabajaba.

Rocío le enseñó sus credenciales.

—Como puede comprobar, se trata de un medio serio. El periodismo todavía crea opinión. Y la opinión es la que acaba determinando las actitudes de la gente, sus decisiones, sus actos.

—Lo siento, pero sigo sin ver... Es más, usted insinúa... Mi agencia es de acompañantes, no de prostitutas.

—Exactamente. ¿Se imagina una sociedad en la que por fin hubiera arraigado la idea de que la mujer es realmente dueña de sí misma, incluido su cuerpo, a todos los efectos? Las personas trabajan para conseguir dinero

utilizando su cerebro, sus cualidades, su tiempo, sus habilidades, sus conocimientos... Y se respeta porque se trata del bagaje de cada uno. Si la sociedad llegara a reconocer plenamente la propiedad del propio cuerpo como un elemento más, se podría llegar a ver de forma natural, sin connotaciones negativas, sin prejuicios el que una mujer que intenta realizar bien su trabajo de acompañante pudiera, sin ser este el objetivo de la relación, llegar a establecer relaciones sexuales con algún cliente.

—Es que eso es realmente lo que sucede —respondió Marta.

Rocío pensó que no hubiera podido decir si era la sinceridad o el cinismo lo que las ponía a ambas a la misma altura.

—No lo dudo. Aunque la sociedad, de momento, no lo percibe así. Y mi reportaje intenta dejar claro que en este trabajo no hay abusos, no hay chulos, no hay explotación, ni trata de mujeres; que es un trabajo que no tiene nada que ver con la oscura prostitución. No me diga que no ve aún cómo puede beneficiarle —concluyó tras una breve pausa antes de la última frase.

—Pero de todas formas sería con las chicas con quienes tendría usted que hablar, supongo. Y no sé si habrá alguna que quiera colaborar.

—Y con usted también, es fundamental. En cuanto a ellas, usted las conoce, estoy segura. Solo le pido que me ponga en contacto con algunas, no importa que tengan diferentes opiniones al respecto. Y yo le aseguro que la tendré al tanto de la evolución de mi trabajo, en la medida en que usted lo desee. Piense en algunos nombres. Tómese su tiempo.

Rocío le dio su tarjeta a Marta y se despidió bastante satisfecha.

Capítulo 17

Mario expresó su temor ante la posibilidad de que entre las chicas que se prestaran a colaborar con Rocío no estuviese Ivana.

—¿Dudas aún de mis habilidades? —fue la respuesta de aquella— No te preocupes, te aseguro que sabré apañármelas para llegar hasta ella.

Pero hubo suerte. Aunque entre los tres nombres que Marta le dio a Rocío no figuraba, al día siguiente la volvió a llamar para decirle que una cuarta chica le había manifestado espontáneamente su interés en hablar con ella. Era Ivana.

Rocío agilizó las entrevistas con las otras tres, pan comido, eran ya muchos años de profesión a la espalda.

Ivana la citó en una cafetería de la calle Santa Ana, recoleta y tranquila a aquella primera hora de la tarde: la gente tomaba su café en los veladores, pero en el interior, vacío, eran las únicas clientes.

Rocío le dio las gracias por acceder a colaborar con ella.

—Yo no sé si tú ya *sabe'* que fui yo quien le dijo a *Malta* que yo quería *hablar* contigo. *La' compañera'* me comentaron y yo creí *qu'era* mi *obligación*.

—Pues gracias con mayor motivo.

Con sus pantalones tejanos nada ceñidos, una camisola y una gran pinza recogiendo su abundante cabellera rizada, Ivana parecía haberse propuesto llamar la atención lo menos posible.

—Entonces, ¿ya sabes de qué va el reportaje? —continuó Rocío.

—Sí. *Y quisá* a ti no te *gu'te* no lo que yo *vo'a desilte* —respondió Ivana sin mirarla directamente hasta haber acabado la frase—. *E'* un *enolme pecao* lo que tú *quiere' hasé'*. Un *enolme pecao* lo que *hasen mi' antigua' compañera'*. Yo también fui una pecadora —ahora su mirada era fija, ardiente, retadora—. Pero yo *ví a Dio'*. Yo he comprendido que Él me ama a mí. *Y e'* por eso que ya yo lo dejé, y me vuelvo a mi *paí'*. Se va la *mujel* nueva que yo soy ahora.

—¿Puedo preguntarte a qué se debe este cambio, esta decisión? —probó Rocío con curiosidad sincera.

—Sí, yo *vo'a contáltelo* a ti todo. Yo quiero que tú y *la' otra' halléi'* también a *Dio'*, que *vosotra' comprendái'* que *vosotras' vai'* por un mal camino, pero que *vosotra' podéi' volvel* al bueno, que *vosotra' podéi' vel la lu'* como yo la veo

ahorita.

Del interior del local se había apoderado el barcelonés bochorno de un tardío veranillo de San Martín. Rocío sentía entre la ropa y su piel la humedad densa, miraba con deseo y esperanza el aparato del aire acondicionado, pero el dueño había debido de decidir que por dos personas no valía la pena, a aquellas alturas. O lo hacía adrede. Quizá le gustaba ver cómo la ropa de las mujeres se iba pegando a su cuerpo, o sus repetidos gestos inconscientes para separarla de la piel y permitir que corriera entre medio un poco de aire. Ciertamente apenas alejaba su mirada de ellas. De Ivana, más bien, tuvo que reconocer Rocío.

La conversación presentaba un cariz inesperado. La única luz en la que ella estaba interesada era la que pudiera alumbrar su posible relación con la extorsión a Mario. Pero le convenía dejarla hablar, a ver a dónde iba a parar todo aquello.

—Soy toda oídos.

—Yo supongo que tú *conose*’ la *hi’toria* de San Pablo, cómo el Señor lo *hiso cael* de su *cabayo*. *Pue*’ algo así me pasó a mí. Pero en *lugal* de un *cabayo* fue un *concho*.

Y le explicó cómo una noche volvía en taxi del hotel Vela. Subía ya por Las Ramblas en dirección a la zona de Urquinaona, donde ella vivía, y el coche se detuvo ante el último semáforo. Cuando éste se puso de nuevo verde, no hubo manera de que arrancara. El taxista le dijo que, sintiéndolo mucho, no le quedaba más remedio que llamar al RACC. Ella se apeó, continuaría a pie, total ya estaba tan cerca. Cruzaría por Santa Ana. Pero no había dado tres pasos cuando empezó a caer un chaparrón de padre y muy señor mío. En unos minutos, tenía su falda larga de satén negro y su blusa pegadas al cuerpo, su melena escurría cataratas, empezaba a notar en el rostro churretones de maquillaje y no había forma humana de ir más deprisa con aquellos tacones sin correr el riesgo de despeñarse. Seguía avanzando lo más rápida y dignamente que podía, cuando en el callejón a su izquierda vio la iglesia. Ni una sola de las mil veces que había pasado por allí se le había ocurrido a entrar. Aquella vez lo hizo. Encontró sorprendente que a esas horas estuviese abierta y en ese momento solo pensó que había tenido mucha suerte, aunque luego lo interpretaría de otra manera, Dios escribe recto con renglones torcidos, dijo.

Rocío conocía la iglesia. Una joyita románica refugiada en el puro centro de la ciudad. Se entraba por el lateral derecho. Bóveda de madera y piedra. Planta de cruz apenas desdibujada por las dos pequeñas capillas semicerradas a ambos lados de la mayor. Al fondo, enfrente de ésta, se abría la entrada al claustro.

Ivana siguió explicándole cómo creció su extrañeza al encontrarse con que la

iglesia no estaba vacía. Su primer impulso había sido ir a sentarse en el banco más cercano a la entrada, pero éste quedaba enfrente de la capillita donde, en la semioscuridad, varios hombres estaban arrodillados en actitud recogida ante una resplandeciente custodia. Así que se había deslizado discretamente hacia otro banco más alejado donde pasar desapercibida y había intentado secarse un poco con pañuelos de papel y un fular que llevaba en el bolso.

No había luz en toda la iglesia sino la rala, inquieta de algunas velas sobre aquel altar.

Pensó que allí era más de noche que en el exterior. Verdaderamente de noche: silencio y quietud. Cerró los ojos.

Al abrirlos, la sobresaltó una especie de vértigo invertido, tiraba de ella la total oscuridad en que se perdía la bóveda de la iglesia.

La rescataron los inesperados cánticos entonados por los hombres. Entonces entraron otros que sustituyeron a los primeros, quienes salieron de la capilla. Ella aún esperó un poco, antes de salir también.

Seguía lloviendo. Se sentó en un poyo que había a cubierto y encendió un cigarrillo que le diera tiempo a hacerse a la idea, ¿y si se quitaba los zapatos?, de llegar corriendo hasta su casa.

Oyó una voz preguntándole si no llevaba paraguas. Un sacerdote.

—Aquel hombre adivinó a qué yo me dedicaba. No lo dijo, pero yo lo sé. *Dio'* le inspiró. Él dijo que él podía *pre'talme* un *paragua'*, pero que también yo podía *invital·le* a un *sigarriyo* y *hablal* un rato, si yo quería.

Luego había dejado de llover, y ella había regresado a casa. Le explicó a Rocío cómo por el camino iba repitiéndose todo aquello del hijo pródigo, y de la oveja descarriada, y lo de María de Magdala, y de que Dios había decidido señalarla con su amor, y preferirla.

Le explicó que ni siquiera le había dado un consejo, pero que a partir de ese momento ella había empezado a recorrer otra vida.

—Y ahorita yo debo *ilme*. Yo he *d'asi'til* a la *chal·la* matrimonial.

—¿Te casas?

—Con el novio que yo tengo allá, *hase año'*. En cuantico que yo *yegue*, así que él *hase* el *culsiyo* allá y yo acá, así *nosotro' ganamo'* tiempo.

—¿El cursillo?

—Ya yo te lo dije, chica, el *culsiyo* matrimonial, la *preparación pa' l* sacramento del matrimonio.

No podía dejarla ir. Fascinada por la historia, Rocío había dejado aparcada cualquier otra iniciativa que le posibilitara sus pesquisas.

—¿Puedo acompañarte? Me gustaría hablar contigo un rato más.

—*E' solo para lo' novio'*. Y yo creo que ya yo te dije a ti todo lo que te quería *desil*.

Aguzó su capacidad de reacción:

—Sí, quizá, desde tu punto de vista. Pero has introducido una vertiente imprevista e interesante en mi reportaje. Me gustaría seguir hablando luego contigo.

—Tú *tendrá'* que *quedalte* fuera, en todo caso. ¿Por qué tú no *entra'* a la iglesia? *Dio'* será una buena compañía, *mientras'* tú *m'e'pera'*.

Rocío no percibió la mínima ironía en sus palabras.

—De acuerdo. ¿Sería muy indiscreto preguntarte de qué trata?

—Hoy *no'* hablan sobre, ya tú *sabe'*, la vida íntima en el matrimonio.

—¿El cura?

—No, gente con *experiencia*, que saben de lo que *ello'* hablan. Una pareja de *bueno' cristiano'* que tienen nueve *hijo'*.

¿Esa pareja iba a hablarle a Ivana de sexo? Su curiosidad fue tan tajante que, una vez sola dentro de la iglesia, se acomodó en la esquina de un banco, lo más cerca que pudo de la puerta de la sacristía donde tenía lugar la charla. La impresión de la iglesia transmitida anteriormente por Ivana permeaba la suya propia. Las voces llegaban indistintas a través de las hojas de madera. Su mirada se iba habituando a la penumbra y fue consciente de que sobre ella planeaba una contundente lámpara circular de enrevesada forja. Pegada a la sacristía se abría una capillita con la imagen de una virgen diminuta, con pelo natural hasta más abajo de la cintura, revestida de un manto verde y enmarcada de metal y cintas de plata tan brillantes que costaba descubrir que la corona no era de su talla y le cubría por completo los ojos. Ante ella, dos reclinatorios con cochambroso terciopelo granate allí donde se apoyan brazos y rodillas.

Venciendo el repelús que le producían, Rocío se acomodó, por así decirlo, en el más cercano a la puerta de la sacristía. Así de paso se libraba de la amenaza del lamparón, aunque no fuera ese su propósito, sino el de acercarse lo más posible a las voces. No distinguía claramente todas las palabras, pero una voz masculina hablaba del placer sexual como premio a la colaboración de hombre y mujer en la labor creadora de Dios, a la obediencia a su mandato de “creced y multiplicaos”, a la aportación de buenos cristianos al rebaño del Señor. Y luego describía a los supuestamente no iniciados los “fuegos artificiales” en que acababa el acto de engendrar. “Y vosotros, egoistones” —debía de haber subido el tono de voz, porque esto lo oyó claramente—, “acordaos de que ellas también

tienen derecho”. Vio la voz meliflua dirigiéndose a los hombres. “No os lo van a pedir. Pero uno se da perfecta cuenta de cuándo a ella le apetece subir a los caballitos”.

Cuando miró el reloj y vio que faltaban diez minutos para que aquello acabara, salió de la iglesia y encendió un cigarrillo a la espera.

—¿Interesante?

Rocío se arrepintió inmediatamente de su pregunta. No porque a Ivana pudiera parecerle malintencionada o improcedente, sino por ella misma, porque podía dificultarle el reconducir la conversación hacia donde quería. Rectificó:

—Háblame un poco de tus proyectos allí, qué nuevo trabajo tienes en mente, por ejemplo; qué dificultades piensas que tendrás que superar, no sé, estás acostumbrada a un ritmo de vida, a manejar dinero, supongo...

—Yo mandé allá *mucho' chele'* a mi mamá, *pa'* una casa. Allí *viviremo'* con mi marido. Yo voy a *dedicalme* a mi familia. Mi novio *e' negociante*. *Nosotros'* no *vamo'* a *pasal hambre* no. Yo me ocuparé de *crial* a *lo' hijo'* que *nosotros'* *vamo'* a *tenel, todo' lo'* que *Dio' no' dé*, a *educal·lo'*. *Nosotros'* *llevaremo'* una vida *sensiya, má'* del agrado de *Jesú'*.

—¿Tu novio?

—*Jesú'*, *Jesucrí'to*, el *Señol...* —hizo una pausa y, en la mirada que le dirigió, Rocío leyó la tentación de considerarla un caso perdido.

Capítulo 18

Desde su mostrador, Jimmy vio a su madre cruzar la puerta cristalera para salir a la calle, aún se volvió para hacerle desde allí un gesto de despedida. Siempre con su sonrisa. Solamente en una ocasión había tenido para él una mirada dura. Durante un mes seguido. Allá en Colombia. Justo el mes anterior a venirse a España. Cuando le descubrió lo del “halconeó”.

Porque ahora estaba seguro de que ella lo había adivinado aun antes de que él se lo contara. Tenía catorce años. Y había sentido miedo. Un miedo profundo e inconfesable. Todos decían que el miedo no era de hombres. Pero él no había contado con la muerte cuando empezó a trufar los escaqueos escolares con aquel trabajo.

Tenían una buena esquina. En la de enfrente había una gasolinera. La esquina se hizo aún mejor cuando el dueño del colmado acabó por traspasar el local y abrieron allí un bar. Con terraza. A partir de entonces no necesitaron andar deambulando con la radio, horas y horas. Podían sentarse en la terraza con mayor comodidad, con mayor disimulo. El dueño no les exigía que consumieran nada, aunque a veces lo hacían, alguna que otra cerveza en el aburrimiento, cuando ningún coche patrulla caía por allí durante horas, cuando no tenían de qué informar; o en la excitación, tras reportar largamente sobre direcciones de idas o venidas, de estacionamientos, embargados por el riesgo, su impunidad en precario equilibrio.

Aunque a ellos nunca iban a encontrarles droga. Tenían estrictamente prohibido el mercadeo, por mínimo que fuera, y el consumo mientras estaban trabajando. A ellos les pagaban con dinero.

Dos años llevaba en el “halconeó” cuando sucedió.

Los otros chicos eran mayores que ellos, tendrían la edad de Puebla, 17 o 18 años, aunque hacían su mismo trabajo. Desde el principio supieron que para otros, desde luego; si no, no se hubieran situado en la misma esquina. El único problema que supieron ver fue que las radios, a veces, interferían.

Una noche, cuando se iban para casa, los otros los siguieron durante varias manzanas. Cuando decidieron alcanzarlos, solo habían dicho:

—A partir de mañana, la esquina es nuestra.

Quizá el miedo los atenazó desde el primer momento. Ninguno respondió y el resto del camino fue silencio. Entre sus propios jefes y los otros chicos, ¿cómo transformar su debilidad en respuesta?

Cuando al día siguiente se reunieron en la esquina, uno faltó. Al resto debía de haberlos movido, como a él, el miedo mayor. Los del otro grupo estaban ya allí, sentados, y tampoco hablaron. Un coche patrulla repostaba en la gasolinera, se le unieron tres furgones y tomaron dirección Sur, hacia la avenida. Aún de pie, reportaron. Entonces uno de los otros se levantó, fue hacia ellos y el manotazo arrojó al suelo la radio, inutilizándola, y al que la llevaba.

Cuando Puebla les dio otra, se lo dejó bien claro:

—Los conejitos no trabajan para nosotros.

A la vez siguiente, los otros les dejaron hacer. Incluso los miraban de vez en cuando y les sonreían. Empezó a pensar que respetaban su valor. Esa era la ley.

De vuelta a casa, iban atreviéndose a hablar, a reírse, crecidos. Hasta que la vuelta de una esquina trajo a los armados. Eran dos. Y no corrieron, porque sabían lo que correr hubiera significado. Los siguió, como sus amigos, hasta donde quisieron llevarlos. Como sus compañeros, aguantó los golpes, en soledad. Y cuando los otros se fueron y cada uno volvió a ser consciente del resto, se levantó del suelo y sus amigos también se levantaron, menos Brandon, a quien tuvieron que llevar a su casa, todavía inconsciente, tras haber intentado denodadamente en vano reanimarlo. La radio había desaparecido.

Estuvo dos días sin salir de casa.

—Me caí andando en la bici de Jairo —le había dicho a su madre.

Si salió al tercero, fue porque El Colilla había ido a buscarlo. Puebla quería verlos. Allí se encontró con los demás, salvo Brandon. Jairo, que era vecino suyo, solo sabía que estaba todavía en el hospital.

—¿Qué os dije de los conejos? —fueron las primeras palabras de Puebla.

Lo siguiente fue mostrarles el arma.

—Para el que la quiera. Los que no, a correr; pero ya pueden esconderse bien, porque a los conejitos que hacen ruido se les caza enseguida.

La tomaron. Jairo aseguró en nombre de todos que allí no había ningún conejo.

—Defended lo que es vuestro —aún añadió Puebla.

Decidieron que la llevarían y la guardarían por turnos.

El día siguiente no llegaron a su esquina. Los otros les salieron al paso, en un callejón.

—¿De verdad no habéis aprendido la lección?

Apenas vio el gesto de Jairo para sacar el arma. Luego oyó el disparo al tiempo que caía al suelo empujado por el cuerpo de su amigo. El arma quedó a su lado.

—¡Vamos, valiente, cógela! —le gritó uno de los mayores— ¡Cógela!

Su cuerpo reaccionó por cuenta propia con una sacudida. El segundo disparo dio en su brazo.

—¡Te toca! ¡Cógela! —le gritaban ahora a Óscar.

La sirena de un coche patrulla rompió la escena.

Una ambulancia se llevó el cadáver de Jairo. A él lo condujeron al hospital y de allí a comisaría. Óscar había desaparecido con el arma. Ello le permitió a él repetir una y mil veces, también delante de su madre cuando fue a recogerlo, que los habían atracado en el callejón cuando iban a la escuela.

Los policías parecieron darse por satisfechos. Pero su madre —fue entonces cuando su mirada se hizo dura—, en cuanto el estado de su brazo lo permitió, empezó a acompañarlo hasta el colegio cada día y a recogerlo a la salida. Así transcurrió una semana. Ni siquiera el sábado ni el domingo le permitió salir, con la excusa del brazo herido. No se atrevió a protestar.

Fue también por entonces cuando ella empezó a decir aquella frase, sin dirigirse a nadie, de repente, como si se le escapara en voz alta la conclusión de sus largos silencios cavilosos:

—Si tuviera dinero, nos íbamos para otro país.

Al sábado siguiente, Óscar fue a visitarlo. No se habían vuelto a ver desde el entierro de Jairo.

—Puebla me ha dado tu parte —le dijo, a solas en su habitación—. Esto es lo que te traigo.

—De momento, yo te cubro con Puebla —había añadido su amigo—, pero no sé por cuánto tiempo. ¿Qué piensas hacer? Ahora solo estamos Brandon, El Colilla y yo.

Su madre entró entonces en la habitación, con la excusa de saludar a Óscar, cómo estaba su mamá, y todas esas cosas. Y la madre evitaba mirar al hijo porque con el amigo estaba usando su sonrisa dulce, la de siempre.

Así que Jimmy no pudo contestar a la pregunta de su amigo. Pero tampoco tenía una respuesta. Procuraba no pensar en Jairo, y ese esfuerzo le impedía pensar en cualquier otra cosa. Los días transcurrían automáticos, por inercia.

Cuando Óscar se fue, su madre volvió a su silencio y a la cocina. Desde el pasillo, Jimmy oyó el suspiro y una vez más la frase, en esta ocasión sin acabar, como rompiéndose:

—Si tuviera dinero...

La mente de Jimmy completó la frase y de repente fue como si por primera vez la escuchara y tuviera sentido.

Fue a su cuarto. Con las revistas donde los billetes se intercalaban con las hojas, se presentó ante su madre:

—Yo tengo dinero.

Capítulo 19

Terminal 1. El vuelo de Quebec llega con media hora de retraso. De momento. El tiempo de los aeropuertos transcurre lentamente, pero desaparece como por ensalmo engullido por la espera.

Confiaba en que la tal Dorothy hablara inglés. ¿Cómo no lo había comprobado? Ni siquiera era capaz de recordar con seguridad cuál era allí la lengua, ¿o lenguas?, oficial. El apellido tampoco proporcionaba una pista segura. ¿Sería el suyo propio, o el de un marido presente o pasado?

Tenía que concentrarse. Poner coto a la desazón que le producía la decisión que había tomado. ¿La había tomado, realmente? Llevaba la nota en uno de sus bolsillos. Era 30 de noviembre y al día siguiente iba a tener que adjuntarla al dinero del chantaje. Sin remedio. El mes que entraba se las apañaría, pero era impensable que pudiera pagar en enero, con la Navidad por medio.

Llegó el vuelo. Dorothy hablaba un castellano que a Mario le pareció más que suficiente. Respiró. Se veía incapaz de gastar ni un átomo de la escasísima energía que conservaba en el esfuerzo de una lengua que no controlara.

Tras dejar a Dorothy en su hotel, caminó y caminó; era preferible no dormir paseando que en una cama estérilmente caliente. El frío anesthesiaba el impulso de salir corriendo. ¿De dónde? ¿Hacia dónde?

Había estado hablando con Rocío durante más de dos horas. Ella se empeñaba en insistir en que la persona que lo estaba chantajeando quizá fuera alguien de dentro, del personal de los apartamentos. Pero allí no trabajaban más de media docena de personas. Todas latinoamericanas. Y Mario las repasaba una a una y las veía ausentes, distantes de los acontecimientos de las vidas de los inquilinos. Dos mundos separados que no interferían. Le resultaba imposible concebir que cualquiera de entre ellas hubiera prestado tanta atención a sus andanzas, a él, un delgado hilo de la compleja y confusa red de inquilinos. Hubiera sido necesario además que lo hubieran investigado, que supieran de su vida fuera de allí. Lo dicho. Inconcebible.

No estaba seguro de haber convencido a Rocío, pero entonces ella mostró otro camino:

—También puedes negarte. Puede ser un farol. Alguien que tuvo la intuición y que no ha estado seguro hasta que has empezado a pagar. No te he dicho nunca nada antes pero lo he estado pensando casi desde el principio. Le he dado muchas vueltas. Piénsalo.

—Pero ahora ya eso no importaría. Estaríamos ya en las mismas.

—No del todo, porque en ese caso podría tratarse de una persona que no te conocía antes, que no sabría nada en absoluto de tu entorno. ¿Cómo iba a llevar a cabo sus amenazas?

A pesar del pavor que la propuesta de Rocío le provocó, sintió un palpito de razón. Algo había que hacer.

—Escribimos la nota. La guardas. Lo piensas y, si te decides, mañana la adjuntas al pago.

Seguía caminando por las horas de la noche. Solo, el miedo devoraba la pequeña razón que hubiera podido ver en compañía de Rocío. Se lo diría a su hija. Tendría que decírselo. No esperaba que Laura lo comprendiera, pero quizá pudiera perdonarlo. Eso, si decidía adjuntar la nota. Aún no era mañana, aunque ya lo fuera.

Capítulo 20

Diciembre de 2013

Jimmy no había contado con aquello.

Solía recoger el sobre horas después de que el Sr. Puigvert lo dejara. Sin prisas. Horas durante las cuales lo exaltaba un sentimiento de control, de poder. Este asunto lo manejaba él solo, podía decirse; Daniela, su hermana, apenas contaba, bastaba con que se mantuviera callada y no hiciera alardes en sus gastos.

Lo abría ya en casa, por la noche, en su habitación. El de hoy, cuando ya lo estaba arrugando para tirarlo, mostró algo más.

¿Cómo se atrevía? Imposible que no se hubiera tomado en serio la amenaza. Después de cuatro meses. ¿Qué podía haber cambiado?

Se acostó y pensó deprisa. Si aquel hombre albergara la mínima sospecha, no se hubiera limitado a escribir esa nota. Seguro que tenía contactos, relaciones. Le hubiera hecho detener, o peor, vete tú a saber.

Una sensación antigua asomó por un resquicio. No. Nunca más. Para eso se tenía el control, para descartar el miedo.

¿Qué se le escapaba? Podía, tenía que seguir pensando.

Y cuando por fin se confió al sueño, lo hizo satisfecho. No soltar las riendas. Esa era la clave.

Al día siguiente, de camino al colegio, Daniela iba repasando mentalmente lo que había de decir a Laura, cómo había de decírselo. No quería apartarse ni un ápice del plan de su hermano.

Él se lo había explicado mientras desayunaban, después de irse su madre.

Antes de entrar al colegio, localizó a Laura con la mirada:

—Tenemos que hablar. A la hora del patio. Solo tú y yo. Es algo muy importante para ti.

Lo había soltado y la había dejado allí plantada, sin ni siquiera escuchar la respuesta, si es que la hubo. Se relamía. Nunca antes hubiera pensado que podía disfrutar tanto de una conversación con ella.

A la hora del recreo, se encaminó hacia el grupo donde estaba Laura y ésta se separó un poco:

—¿Qué tornillo se te ha soltado ahora?

—Ven conmigo. Te interesa.

—Dudo de que haya algo que tengas que decirme tú que me interese más que hablar con mis amigos.

—¿A qué se dedica tu padre? —le espetó apenas consiguió que se encontraran medianamente aisladas.

—¿Estás tonta? Es arquitecto, ya lo sabes.

—¡Eso es lo que tú te crees!

Había seguido el guion de su hermano al pie de la letra. Ahora tocaba observar en silencio la reacción de Laura, su expresión. Y no sería tan lista como él, pero creía estar segura de percibir que Laura no tenía ni la menor idea de lo que iba a venir a continuación.

Capítulo 21

Mario esperaba a Laura. Tenía ya la mesa puesta y la comida preparada. Ensalada de endibias con un toque árabe y lasaña de guisantes y foie. La misma que había cocinado el día anterior para Dorothy.

Había conseguido convencer a la mujer de que le hacía ilusión invitarla a comer en su apartamento, incapaz en realidad de soportar ni siquiera la idea de seguir viendo a más gente en un restaurante, o de que le vieran, aunque se tratara solo de una presencia coral ajena como lo habían sido en su alucinado recorrido matinal durante una jornada que hacía bueno el dicho de que entre día y noche no hay pared. Cuando había recogido a Dorothy, esta le había puesto sin tardanza al corriente de sus planes para los dos días libres de que disponía antes del evento: visitar una casa *okupa* y un cuartel de los *mossos d'esquadra*. Le habló de su proyecto: una novela que tenía como eje central un *affaire* entre una *mossa* y un “flautaperro”. Una transposición actual de la dicotomía gitanos-guardia civil del “Romancero gitano” de García Lorca, le dijo. Nada que ver con su profesión, con su trabajo habitual; un proyecto que la equilibraba interiormente, le dijo.

Dorothy ya se había preocupado de contactar previamente por Facebook, por Whatsapp. Fueron a la casa.

Salió radiante:

—¿No los ves fantásticos? Ellos son creativos, imaginativos, combativos todo junto... ¡*amazing!*... No es extraño que el sistema los tema.

“Tema”... ”tema”... resonaba en la soñolienta cabeza de Mario que asentía, qué remedio, incapaz de hilvanar una frase convincente, ni siquiera coherente.

Ella había aceptado la invitación a comer en el apartamento ilusionada, exultante como estaba por la magnífica andadura de sus planes.

Entre día y noche no habría pared, pero Mario había pensado que necesitaba un pequeño punto de apoyo aunque solo fuera. Había contado con que, comiendo en el apartamento, ya estaba. Ella por la tarde iría a hablar con los *mossos*, o las *mosses*. Y allí tenía que ir sola.

Pero tras la comida había venido la siesta. Eso entraba en su trabajo, así que

no le quedaba otra que esforzarse por no mostrarse del todo ausente en el ajetreo amoroso, por no dormirse inmediatamente después. Y a pesar de los pesares debió de haber logrado algo, porque fue ella la que quedó felinamente perezosa entre las sábanas resistiéndose a abandonarlas.

Mario había bajado a dejar el sobre con el dinero y la nota en la que comunicaba su decisión de no seguir pagando el chantaje, confiando en que a su vuelta la mujer ya estaría vestida. La acompañaría hasta el cuartel y aún llegaría a casa a tiempo de hablar con Laura antes de la hora de la cena.

Pero al volver al apartamento ella seguía en la cama, le sonreía, se acurrucaba, musitaba que al cuartel podía ir igualmente a la mañana siguiente y le tendía los brazos.

Así que para cuando Mario, impaciente, había llegado a su propia casa, eran las once de la noche. Aún esperaba que su hija pudiera estar despierta. Si no, la despertaría. Tenía que hablar con ella sin pérdida de tiempo, ya.

Laura simplemente no estaba. En el contestador había un mensaje de la madre de una de sus amigas que le comunicaba que estaba allí, que se quedaría a cenar y a dormir. A punto había estado de llamar, pero había conseguido darse cuenta de que con ello no iba a sacar sino molestar a aquella familia. De golpe había sentido un sueño invencible.

Había despertado bruscamente de madrugada como aguijoneado por una idea arrastrada desde las brumas del sueño. ¿Qué sabía él de las amigas de Laura? Prácticamente nada. Y de sus padres aún menos. ¿Y si aquella familia...?

Había esperado en ascuas hasta una hora en que pudiera llamarla. Necesitaba hablar con ella antes de que saliera para clase.

La había llamado al móvil, por si acaso. Al segundo intento, Laura había contestado. Soñolienta y mostrando cierto fastidio, impaciencia, pero nada que pudiera hacerle pensar que sus sospechas sobre la familia estuvieran fundadas. Le había asegurado que se verían para comer. Mario había respirado. En el colegio estaría a salvo.

Y ahora la esperaba, sentado a la mesa ya preparada.

Capítulo 22

—Parece imposible, pero ha tenido que ser en el colegio.

Rocío miraba expectante a Mario mientras le daba vueltas a lo que él acababa de contarle:

Laura y su padre habían comido en silencio, un silencio que a Mario le estallaba por dentro, pero no había querido hablar hasta que no hubieron acabado, para evitar que su hija volviera a clase en ayunas.

La chica había escuchado a su padre sin interrumpirlo.

—Ni un gesto, Rocío, ni la mínima reacción.

Él al principio le había contado solo lo del chantaje. Cuando había acabado de hablar, Laura le había dicho que ya lo sabía todo, que acababan de decírselo aquella mañana. Por supuesto, se había negado en redondo a decirle quién, o si había sido dentro o fuera del colegio. Solo insistía, entonces sí vehemente, con una concentración de fuerza que paralizaba a su padre, en que ni se le ocurriera dejar de pagar. Una cosa era que ella lo supiera, pero no iba a permitir de ninguna de las maneras que sus amigos, que todos sus compañeros se enteraran, que era con lo que la habían amenazado.

—Pero, si me dices de quién se trata, podemos denunciarlo por difamación, por calumnias.

—¿Son realmente calumnias? Por todo lo que me han contado, ¡yo creo que no!

Mario había acabado por confesárselo todo. Y en su hija no había visto ninguna de las reacciones que hubiera podido esperar: no había habido llantos, ni tristeza, ni recriminaciones, ni ruegos; simplemente se había cerrado en banda, haciendo oídos sordos a los razonamientos de su padre de que si pagaba no podía ofrecerle a ella todo lo que hasta ahora le había dado; a sus desesperadas propuestas de que podían trasladarse a otra ciudad donde nadie los conociera, o de ir ella a continuar sus estudios en el extranjero, o incluso de trasladarse a vivir con su madre hasta que los rumores —“¿Rumores?”—, le había espetado ella— se apagaran; a su promesa de irse él solo a vivir lejos, de desaparecer. Laura había repetido firme, insistentemente, como agarrada a una letanía, que si era verdad que la quería tanto como siempre decía, tenía que seguir pagando.

Rocío acarició la cabeza de Mario, que éste sujetaba entre sus manos con los codos clavados en la mesa:

—Seguiremos investigando. Quizá si conseguimos averiguar quién es el autor haya aún alguna posibilidad. Empezaremos con el personal de los apartamentos, que hasta ahora los habíamos descartado; quizá mi intuición pudiera resultar acertada, aunque tú no lo veas. Y además, si se lo han dicho en el colegio, puede tratarse de gente joven, o muy joven, en eso nunca se nos había ocurrido pensar. ¡Hay que seguir! ¡No te hundas!

Capítulo 23

Laura no iba a perder tiempo analizando sus sentimientos. Tras la conversación con su padre, una sola idea fija la espoleaba. En una cosa tenía su padre razón: si seguía pagando el chantaje, muchas cosas iban a cambiar, muchas cosas iban a desaparecer, en realidad. ¿Cómo evitarlo?

No tardó demasiado en urdir el plan.

Había algo de su conversación con Daniela que, evidentemente, había guardado callado. Eso a su padre nada le importaba. ¿No le había Daniela exigido que de allí en adelante se tenía que acabar el meterse con ella? ¡Exigido!, esa había sido la palabra utilizada. Pero quería pensar que tal vez no hubiera perdido del todo su dominio: podía entender que quisiera que no la molestaran más, pero estaba en el fondo segura de que eso no era todo. Daniela siempre había querido que la aceptaran, seguro que no hacía ascos a relacionarse con ellos. Si sabía plantearlo bien, quizá podría conseguir convencerla de una amistad, convencerla... Pero, ¿quién más habría detrás de aquello? No la creía capaz ni de haberlo organizado todo ni de actuar ella sola. Por descontado. “Si no me crees, pásate por el edificio de apartamentos de la Plaza de Artós —le había dicho Daniela—, trabajé allí durante el verano y lo vi con mis propios ojos”. Y aunque ahora ya supiera que todo era verdad, se le ocurrió que allí podía estar la clave. Lo había visto con sus propios ojos. Ella, ¿y quién más?

Una tarde de sábado, le propuso a Lucía ir a ver una película que ponían en un cine cercano a aquellos apartamentos y, como por casualidad, se sentaron luego a tomar algo en una de las terrazas de la plazoleta peatonal a donde daba la gran puerta acristalada del edificio. Podía haber ido sola, pero prefería estar con una amiga para evitar la violencia de un eventual encuentro con su padre.

—¡Mira!... ¡Pero si es el hermano de Dracuela!

Lucía señalaba con un gesto de cabeza a un chico que acababa de salir y estaba junto a la puerta encendiendo un cigarrillo.

—¿No te cansa ya esto de los motes? —fue la respuesta de Laura, que no quería desperdiciar la ocasión de ir poniendo en marcha su plan, plan que de

golpe se evidenciaba completamente factible con la aparición del chico.

—¿Qué pasa? ¿Ahora te da pena? Por cierto, ¿de qué hablasteis el otro día cuando se te llevó?

—No es eso, pero ya me aburre. Oye, tenías razón, no está mal el chico. ¿Estás segura de que ése es su hermano?

—Es el mismo del metro, seguro —contestó Lucía levantando de repente el brazo para llamar su atención—. Míralo, se hace el loco, pero estoy segura de que nos ha visto.

—Déjalo estar.

—¡Eh, hola! —gritó Lucía sin hacer caso a su amiga y repitiendo el gesto anterior con más insistencia.

—¡Para!, ya te está mirando todo el mundo menos él.

—Pero... ¡bueno! ¡Estás desconocida!... Creo que se llamaba Jimmy. ¡Eh, Jimmy!

Por fin el chico entonces las miró abiertamente. Ya no tenía remedio. Porque Lucía se había levantado e iba a su encuentro.

—¡Hola! ¿No te acuerdas ya de mí? Tu hermana nos presentó en el metro — la oyó decir—. Estoy ahí con mi amiga Laura. Ven, siéntate un poco con nosotras.

Se acercó. Lucía volvió a sentarse pero el chico no lo hizo, a pesar de la invitación.

—Estoy trabajando. Solo he salido un minuto a fumar —dijo.

Laura, sin levantarse, le alargó la mano cuando Lucía los presentó. Voces firmes. Manos seguras. Calibró al contrincante. Su cabeza bullía. La vida teje su red ajena a las casualidades, que uno convierte en ocasión solo si se mete entre la trama. Y Laura consiguió dejar fluir una mirada de “chica conoce a chico”, que tardó algo en impactar en la otra, esquiva, pero al final fue devuelta no exenta de lo que estaba acostumbrada a leer en la de los hombres que la miraban. Se dio por satisfecha, y aprovechó para sonreírle, como abierta ya se vería a qué.

Jimmy se despidió y volvió al trabajo.

—Nena, ¿se te ha quedado enganchada la sonrisa? ¡Tampoco es para tanto! —dijo Lucía.

Estuvo medio ausente el resto de la tarde, lo que hizo que Lucía, mientras hablaban de los planes para el siguiente fin de semana, bromeara sin parar sobre el impacto que el chico le había producido. Su amiga, qué podía imaginar. Pensaba en él, sí, efectivamente. Continuaba urdiendo su plan.

Nada más llegar a casa, llamó a Daniela. Pero colgó antes de que la otra

contestara. No podía hacerlo tan de sopetón. Antes, convendría preparar el terreno. Desde la conversación de las dos en el patio, apenas habían cruzado algún saludo. Tenía un par de días para acercarse a ella. Luego, el miércoles, o el jueves, le haría la invitación.

Capítulo 24

El jueves por la tarde, Daniela había llegado a casa flotando en una nube de algo totalmente desconocido para ella. Se sentía tan segura, que se había enfrentado a su hermano, decididamente, y, quizá por primera vez en su vida, era ella la que lo había convencido a él para que hiciera lo que ella quería.

Durante los primeros días de la semana, Laura se le había acercado; en son de paz, en contra de sus temores. Sin asomo de agresividad, le había ido diciendo que no se preocupara por el asunto de su padre, le había ido hablando de la nada buena relación que había entre ellos, que allá él resolviendo sus propios problemas, que al fin y al cabo ella iba a pagar el pato de algo que no era culpa suya, que en el fondo le estaba agradecida de que no dijera nada a nadie. Luego la llevó con sus amigos, y conversaban todos juntos, en el patio, a la salida... como un grupo normal, los demás fueron dando por descontada su presencia, como si la actitud de Laura hubiera barrido la nebulosa de tiempos ya pasados, superados, el rechazo, el desprecio, las bromas agresivas.

Planeaban el fin de semana en un pueblo de montaña, en una casa de la familia de Carlos. Y contaban con ella. “¿Por qué no te traes también a tu hermano?”, había dicho Laura en algún momento. Y le había contado su encuentro. Y Lucía enseguida había secundado la propuesta. Y los chicos habían puesto cara de sorpresa, pero habían estado de acuerdo. Sin problemas, claro que sí.

El jueves por la noche, Daniela se lo dijo a su hermano:

—¿Qué dices? ¿Se te ha ido la olla? ¿Para qué? Mejor sería que te mantuvieras tú por tu lado y ella por el suyo.

—Pero, Jimmy, ¿qué problema hay? Laura no tiene la culpa de los líos de su padre, no se llevan bien, ella incluso entiende que el dinero nos hace más falta a nosotros, que su padre tiene mucho y puede pagar de sobras, “¡Bien se le está por meterse en esos berenjenales!”, eso dice, y que ahora sabe a qué atenerse, y se porta muy bien conmigo.

—Esa niñata lo que está es acostumbrada a salirse siempre con la suya. Yo no me fiaría un pelo de ella.

—Pues haz lo que quieras. Yo voy a ir de todas formas.

Y Jimmy había acabado por aceptar la invitación. En definitiva, era preferible estar allí y saber cómo marchaban las cosas. Si había gato encerrado, él podría verlo, aunque su hermana no se diera cuenta. Podría protegerla y observar, controlar de alguna manera su relación con ellos, desde la orilla, sin implicarse, no se creía ese cuento del camino de rosas. ¿Tenía el padre tanto dinero como la hija decía? Y, entonces, ¿por qué se negaba a pagar? ¿Y por qué se dedicaba a...? Demasiados interrogantes.

Arreglando un poco sus turnos con Rubén, podía subir por su cuenta el sábado para comer y volver con todos.

Capítulo 25

Avanzaba diciembre hacia unas Navidades mustias.

Mario había observado, averiguado hasta conseguir tener completo el horario de entradas y salidas de todo el personal. Primero lo había considerado casi inútil, porque el 1 de enero, al ser festivo, podía haber cambios imprevistos de turnos debido a las fiestas navideñas, pero antes de mediados de mes le habían entregado una carta donde se le indicaba que en enero debía dejar el sobre el día 2.

—Hay dos señoras de la limpieza —le decía a Rocío en lo que ya se había convertido en su cuartel general, un bar en una de las calles que salían de la plazoleta de los apartamentos. Lo habían elegido para sus encuentros para que Mario no tuviera que perder más tiempo del que ya había de dedicar a sus pesquisas, pero al mismo tiempo estaba lo suficientemente retirado como para descartar la posibilidad de que alguien del personal lo frecuentara—, una sale a la una del mediodía y la otra a las diez de la noche, a la misma hora que el conserje de turno; a las tres de la tarde sale el otro conserje y la chica de la oficina, que vuelve por la tarde hasta las ocho.

—Bueno —lo atajó ella—, pues ahora lo que tenemos que hacer es planificar nuestra actuación de ese día. Veamos... Antes de nada, ¿has conseguido dejártelo completamente libre?

—Sí, ninguna cita. Y con respecto a Laura... bueno, son vacaciones, no creo ni que se dé cuenta de si me ve o no me ve en todo el día.

Rocío vio pasar por la mirada de Mario algo que se parecía mucho al desamparo más vergonzante y respondió como si solo hubiera oído la primera frase, no le importaba parecer absurda en aras de la eficacia:

—¡Magnífico! ¡Manos a la obra!

Capítulo 26

A lo largo del viaje desde Barcelona hasta el pueblecito de montaña en tren, Daniela se sintió transportada no solo a otro lugar, sino a otro mundo, realmente a otra vida, territorio inexplorado, la de la Daniela que había sospechado poder ser.

Ya antes de arrancar el tren, nada más sentarse, Cristina quiso saber dónde se había comprado aquellas bambas, y ella se dio cuenta de que le gustaban de verdad, de que no había fingimiento. Más tarde, Eloy se interesó por cómo le iba la repetición. Hubo un momento en que Lucía le puso en la oreja uno de sus auriculares, sonaba una cumbia, “Es de tu tierra, ¿no? ¿Tú sabes bailar esto? ¿Sí? ¿Me enseñarás?” En otro momento Dani provocó una carcajada general cuando le dijo en uno de sus característicos arranques de entusiasmo: “¡Este curso estás mucho más... guapa! ¡Más... madura!”

Cada uno de aquellos episodios todavía desencadenaba en Daniela en un primer momento un inmediato reflejo animal, una reacción condicionada de alerta, de desconfianza: pero al siguiente momento... ¡ah, el siguiente momento!: era una dulce caída en un inmenso *airbag*. Ya nada que temer. ¡Quién lo hubiera dicho! Laura como protector ángel guardián. No, bien era consciente de que nunca sería como ella, que nunca estaría a su alcance esa capacidad, ese poder de subvertir el comportamiento de los demás. Pero mientras la tuviera a ella en su mano, lo tendría todo. Y esos intervalos de alerta iban menguando en cada ocasión, hasta desaparecer absolutamente antes de haber concluido el viaje.

Laura se mantenía algo distante. No tanto como para no constatar que las cosas con respecto a Daniela se desarrollaban según sus previsiones. Ahora, Jimmy. Para ello, mentalmente, descendió de su torre inexpugnable. Nuevo el terreno. Nueva la estrategia. Confiaba en sus armas, pero desconocía las del contrincante. Observar y actuar al mismo tiempo. Hacer del enemigo su aliado. Exactamente cómo, ya se vería.

Lo de Daniela había resultado más fácil incluso de lo previsto, pues se encontró con un terreno abonado en el hecho de que todos, excepto quizá Lucía, la tenían, al estar en clases, en cursos diferentes, ya bastante apartada de sus mentes, y en la constatación ya intuida de que, desde el curso anterior, todos

habían cambiado mucho. Laura observaba satisfecha el comportamiento de cada uno con respecto a Daniela. El colofón fue cuando Carlos la agarró con un brazo por los hombros en un amago de ataque cariñoso y voceó con algo de emoción no fingida, antes de estamparle un sonoro beso en la mejilla:

—¡Cómo nos pasábamos contigo, tía! ¡Qué cabrones éramos!

Pero eso sería ya después, cuando estaban en el salón de la casa del pueblo, por la noche, y encendían el fuego de la chimenea.

Por lo demás, el viaje transcurrió sin imprevistos. Un pasajero les preguntó a voces si de verdad era necesario que gritaran tanto. Otra señora, que seguro que era profesora, comentaron después, porque se explayó en cumplidas razones de por qué no debían hacerlo, les recriminó que pusieran los pies encima de los asientos. Incidentes normales. No se lo tomaron mal. Los viejos, a veces, ya se sabía.

El sábado, antes de comer, el primo de Carlos llevó a Laura y a Daniela a recoger a Jimmy a la estación. Laura llevaba preparada una acogida capaz de romper el frío de La Selva. Si la historia no hubiera empezado a escribirse antes, Jimmy se hubiera sentido contento de encontrarse con una hermana casi desconocida, relajada en su seguridad, pletórica en su relación con una amiga encantadora.

En la casa, los demás les tenían la comida ya en la mesa. El ambiente de distensión, de disfrute del par de días sin adultos, entre amigos, parecía sincero. Pero no iba a fiarse, a dejarse llevar tan fácilmente. Él sabía muy bien a qué venía.

Tras la cena temprana —embutidos del pueblo, pan con tomate, tortilla de patatas— bailaron, refugiados de la helada exterior. Sonó la cumbia. Lucía reclamó a Daniela su promesa, “Primero tú, que vea yo cómo es”, y descubrieron un despliegue de gracia inesperada, una verdad que Daniela bien sabía y que soltó como echándole en cara al mundo entero la falta de ocasión y al mismo tiempo con agradecimiento. Se sumó Jimmy. Y luego, poco a poco, los demás, cada uno como pudo.

La conversación la trajo el cansancio. Mucho más tarde ya.

—¿No os quedaríais aquí todas las Navidades? —preguntó Víctor repantingándose en un sofá— Así, sin padres, nosotros solos.

—¡Misión imposible! —dijo uno.

—“¿Qué regalo vas a querer para estas Navidades?” —remedó otro— “Pasarlas sin vosotros.” Un poco fuerte, ¿no?

—Pues no sería mal regalo, no —apostilló un tercero.

—Pero los padres siempre quieren que nos haga ilusión precisamente lo que ellos nos ofrecen.

—Yo creo que en el fondo es egoísmo por su parte —dijo Laura—. Siempre están hablando de lo que cuesta ser padres, de los sacrificios que se hacen por los hijos, y con eso de pequeños los adoras; pero luego, a cuenta de ello...

—¡Nos tienen enganchados! —acabó Lucía la frase.

—¡Lo que yo digo! ¡Chantaje emocional! —insistió Carlos.

—De todas formas, Laura, hay padres y padres. ¡Ya quisiera yo tener el tuyo! —dijo Lucía— No nos vas a decir ahora que no consigues de él lo que te da la gana.

Laura no contestó:

—Voy a beber agua —dijo, y se dirigió hacia la cocina.

Ni Daniela ni su hermano habían abierto la boca. A Jimmy le pesaba esa conversación. Él veía las cosas de otro modo. Pero no era el lugar para decirlo. Ni el momento. Cogió su cajetilla de tabaco y salió. Aun a pesar del frío, quizá debido a él, que puso en primer plano sus propios pensamientos, el porche se le hizo acogedor, más, mucho más que el recién abandonado ambiente interior.

Oyó la puerta que daba a la cocina, algún otro que necesitaba aire, pensó. Decidió no hacer caso a la sombra que doblaba la esquina de la fachada y se sentaba allí, en el escalón. Él comenzó a desplazarse un poco en sentido contrario. Lo detuvo un respingo. Un hálito de llanto contenido. Miró de refilón, decidido a meterse en la casa. Esta vez lo detuvo la voz:

—Perdona. No te vayas. ¿Me das un cigarrillo?

Sin decir nada, le tendió el paquete. Antes de coger uno, Laura pasó la mano bajo sus ojos. Luego buscó un pañuelo en sus bolsillos. Repitió el gesto, esta vez ya menos clandestino.

—Perdona —volvió a decir mientras le devolvía la cajetilla—. Había pensado que aquí fuera no habría nadie.

Jimmy retuvo el suave “¿Qué te pasa?” que surgía espontáneo de él en tales situaciones. No ahora. En ésta, no. Solo dijo:

—Yo ya me vuelvo para adentro.

Laura insistió:

—Espera. Prefiero hablar contigo. Esa conversación de antes... —y se sonó de nuevo sin ningún recato—. ¿Quién va a entender mejor cómo me siento que tú o tu hermana?

Jimmy no respondió. Se mantuvo distante, precavido. Decidido a no acortar distancias.

—Van a ser las peores Navidades de mi vida. ¿Te imaginas?

Laura hablaba en susurros. Jimmy apenas la oía desde donde estaba. Pero no iba a dar ni un paso hacia ella. Que siga hablándole a la luz de la luna, pensó, y casi se rio por dentro de su propia ocurrencia.

—...mi padre y yo, solos, con esta situación... ¡Ojalá pudiera estar bien lejos!

La noche era magnífica, con frío y todo. La casi luna llena recortaba siluetas dulcemente espectrales. Ella movió ligeramente la cabeza, sin llegar a mirarlo, hacia donde se encontraba Jimmy, que sí que la miraba, intermitentemente.

Si las cosas no hubiesen sido como eran, a él no le hubiera costado nada reconocer la belleza de aquella figura compuesta y descompuesta por matices, por los tonos de sombra. Que lo tenía todo, pensó Jimmy con rabia. Si quería jugar, jugaría su juego. Por su hermana. Por todo. Pero no iba a perder.

Capítulo 27

2 de enero de 2014

Mario y Rocío creían tenerlo perfectamente ideado para identificar y desenmascarar al chantajista. Si era uno de los empleados. Si no lo era, habrían descartado por lo menos con toda la certeza aquella opción. Y ya veríamos. Pero, Rocío al menos, sentía el secreto convencimiento de que de aquello saldría algo definitivo. Y no pensaba detenerse a razonar, porque a Mario le era imprescindible una cierta certeza esperanzada.

Mario dejó el sobre con el dinero a la una menos cuarto del mediodía y salió para tomar un café con Rocío en una de las terrazas de la plazoleta, desde donde podía verse la puerta. Un sobre beige, un poco más grande de lo habitual, porque a partir de ese momento se trataba fundamentalmente de tenerlo controlado mediante movimientos naturales. Jugaban con la baza ventajosa de que a Rocío nadie la conocía. A la una y seis minutos, vio salir a la señora de la limpieza de las mañanas y entonces regresó a su apartamento. Al pasar por delante del mostrador, comprobó que no se había llevado el sobre.

Rocío se había quedado en el bar. Comió allí. Apenas pasadas las tres, una vez hubo visto salir a la chica de la oficina y al conserje mayor, llamó a Mario, quien bajó a recepción:

—Perdona, ¿podrías darme el sobre que he dejado a nombre del Sr. Gómez? He olvidado adjuntar algo.

Cuando el joven se lo entregó, Mario amagó con decisión el gesto de abrirlo pero al instante se detuvo como quien súbitamente cambia de idea:

—Aunque casi mejor... —murmuró, y se volvió al conserje:

—Mira —le dijo—, yo estaré en casa. Haz el favor de avisarme cuando vengan a recogerlo. Tengo que hablar con esa persona.

Era la mejor forma que se les había ocurrido para cubrir las casi cinco horas hasta la salida del siguiente empleado. Les parecía además una idea brillante, “Cómo no se nos ha ocurrido antes, por Dios”, porque incluía la posibilidad de dar con el chantajista aunque este no perteneciera al personal.

Pero no lo avisaron. De modo que Rocío, según el plan previsto, dejó de deambular por los alrededores -bares, cafés, terrazas, té, bancos, cigarrillos,

aceras- cuando faltaban cinco minutos para las ocho y se apostó enfrente de la puerta. Salió la oficinista, con sobres en la mano. Rocío se tensó en alerta. Aún la seguía con la mirada inquieta, impaciente, cuando Mario traspasó el umbral, se detuvo y echó un vistazo alrededor. Lo percibió nervioso. Inspiró para tranquilizarse una gran bocanada de un aire frío y húmedo que despertó en sus sienes un latido punzante.

—El sobre sigue allí —oyó a Mario decirle por el móvil, con voz estrangulada.

—¿Estás seguro? La chica salió con unos en la mano —respondió.

—Sí, sí. Acabo de hablar con el conserje. Lo he comprobado.

Entonces Mario apagó el móvil y se puso en movimiento, alejándose de la puerta. Era una de esas amplias puertas transparentes, correderas, que se abrían automáticamente durante todas las horas en que uno de los conserjes permanecía en el mostrador.

Rocío no se movió. Desde su puesto, un banco en la ya oscuridad de la plazuela, veía perfectamente todo lo que sucedía en la recepción bañada de luz. Miró el reloj. Eran las ocho y cuarto. Esperaría. Media hora, tres cuartos, hasta que el frío y el punzar de sus sienes le marcaran el límite.

Eran las nueve y cinco cuando entró.

— Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenas tardes. Verá... He quedado aquí con un cliente.

El muchacho echó mano de una lista:

—¿Cuál es el nombre? Ahora mismo lo aviso.

—No, es que... no reside aquí. Me ha citado en este lugar porque él había de pasar a resolver un asunto. ¿Le molesta si me siento ahí a trabajar un poco? — Rocío señalaba los sillones y sonrió— A lo mejor he de esperar un rato.

—No hay problema... hasta las diez, que es cuando tengo que cerrar.

Rocío le dio las gracias, se sentó de cara al mostrador y estableció contacto con Mario a través de su *tablet*. Le dijo que durante la conversación, efectivamente, estaba segura de haber reconocido el sobre en el lugar que él le había indicado.

La comunicación había de continuar abierta durante todo el tiempo que Rocío permaneciera allí.

Por encima de la pantalla, a momentos, observaba al muchacho. Era un chico fibroso, bastante guapo, evidentemente latino, con una sonrisa atractiva en los ojos oscuros y ladeada en la boca.

Entraron o salieron varias personas pero solo una se detuvo ante el

mostrador, para pedir unas llaves. El resto pasó de largo saludando sin más. Ella le iba escribiendo cualquier cosa a Mario de vez en cuando, aunque no hiciera falta, como lenitivo para la ansiedad que debía de mantenerlo en ascuas.

Hacia las nueve y media el conserje, canturreando, empezó a trastear, a recoger las cosas. Rocío supuso que debían de guardarlo todo bajo llave hasta el día siguiente. Vio desaparecer bajo el mostrador el cajoncito sin tapa que contenía el sobre junto con otros. Procuraba poner freno a sus pensamientos, no dejarlos recorrer ninguno de los caminos que conducían a las distintas posibilidades, mantenerlos pegados a la rueda de los acontecimientos. Concentración. Paso a paso, ceñirse al plan.

Cuando ya no quedaban a la vista sino estantes y casilleros vacíos, el chico salió de detrás del mostrador.

Quedaba un cuarto de hora escaso para las diez. Parecía evidente cuál sería el siguiente paso. Entonces el chico sacó una cazadora forrada, un gorro y unos guantes de un armarito empotrado en una de las paredes de su cubículo. Las diez menos cinco. Rocío envió el mensaje a Mario: “Llámame”. El muchacho se dirigía ya hacia ella cuando el móvil de la mujer sonó. Detuvo la frase preparada hasta que ella dejó de hablar, unos segundos:

—Lo siento, señora. Ya no puede esperar aquí. Yo ya cierro y me voy —dijo mientras ella aún apagaba el teléfono.

—Lo sé, lo sé. Bueno, justamente era mi cliente —señaló el móvil—. No le ha sido posible llegar a tiempo. Me ha pedido que recoja un sobre que espera que hayan dejado a su nombre. Lo siento. Se ve que ha apurado hasta última hora. Te voy a hacer perder tiempo, ya tendrás ganas de salir.

—No se preocupe. No me cuesta nada.

Dejó sus cosas sobre el mostrador, buscó una llave entre las del llavero, se agachó para abrir algún armario allí abajo y reapareció con el cajoncito abierto que contenía unos pocos sobres y papeles.

—¿A nombre de quién está? —preguntó al tiempo que ordenaba el contenido.

—Del Sr. Gómez —respondió Rocío.

El chico iba pasando los sobres uno a uno:

—Pues lo siento, no hay nada a ese nombre.

Sin levantar la cabeza ni la vista, el muchacho miraba ahora entre los papeles sueltos.

Rocío se había dado cuenta de que era cierto, ya no había ningún sobre de mayor tamaño, ninguno de color beige. Aun así, insistió. Quería que el chico

levantara la cara, ver su expresión:

—¡Qué extraño!, ¿no? ¿No han podido guardarlo en otro sitio?

—No lo creo. De todas formas, preguntaré mañana al compañero, a ver si él... pero sería raro.

El rostro del muchacho, sin sonrisa, paradójicamente parecía más infantil.

Capítulo 28

3 de enero de 2014

No tenían nada. Le había costado prácticamente todo el sueño de la noche. Ahora, por la mañana, Jimmy cada vez estaba más convencido de que todo el extraño tejemaneje del día anterior correspondía a un intento de acorralarlo, de pillarlo in fraganti. Pero no podían estar seguros. Iban a ver que él era más listo que todos ellos juntos. Panda de prepotentes. ¿Sería aquella mujer una detective? Desde luego su petición de la carta dirigida al Sr. Gómez le había pillado por sorpresa. Pero la suerte le había sonreído con la nunca más oportuna aparición de su madre, que le había salvado por los pelos. Aunque él también lo había hecho muy bien. Le había respondido como lo hubiera hecho quien estuviera al margen del asunto. Se había enrocado en una posición de inocencia. Y ahí se mantendría. Al fin y al cabo, la mujer no podía haber visto más que de lejos el sobre dichoso, no podía estar segura de su desaparición en el último momento. Era perfectamente posible que se hubiera equivocado al identificarlo...

¿Tendría que reconocer que quizá él se había confiado demasiado últimamente? ¿Por qué no le había sorprendido que tuviera un color y un tamaño diferente a los habituales? ¿Por qué eso no lo había alertado?... Laura... ¿Eran demasiados frentes? Si Laura le hubiera descubierto ante su padre y todo lo del día anterior hubiera sido un paripé sobre seguro, para no implicarla a ella en el descubrimiento, no se hubieran detenido donde se detuvieron. Tenía que estar atento, pero se reafirmó en su postura. Él era inocente, él no sabía nada del asunto. ¿Qué podían hacer ellos ahora?

Porque lo que él iba a hacer era entregarle el dichoso sobre al padre de Laura en cuanto entrara a trabajar al mediodía. Lo tenía todo bien pensado: le diría que lo acababa de encontrar caído en el suelo, medio escondido bajo el mostrador. Si no volvía a dejarlo, siempre podía volver a escribir “el señor Gómez” reclamándoselo al cabo de un par de días. Él ya estaría libre de toda sospecha.

Aquella noche iba a salir con Laura. No bajaría la guardia, por si acaso. Repasó en la memoria su último encuentro: ninguna variación, ningún síntoma. Aunque quizá fuera conveniente repasarlo todo desde el principio...

La noche del sábado en el pueblo de montaña habían extendido los sacos de

dormir por las dos habitaciones de la casa para los cinco que no cabían en las tres camas, una de matrimonio y dos individuales, que había en ellas.

Tras su conversación en el porche con Laura, Jimmy había esperado a que esta entrara en la casa y aún había fumado allí otro cigarrillo antes de hacerlo él. Luego había buscado el dormitorio donde fuera a dormir su hermana. Daniela estaba ya metida en su saco, entre un armario empotrado en la pared y Laura. Al verlo entrar, esta se había desplazado para hacerle sitio entre ambos:

—Ven, Jimmy, ponte aquí al lado de tu hermana.

Se había despertado inexplicablemente temprano, aún era de noche, y muy a su pesar, de un suave sueño erótico. Había tenido la precaución de dormirse de costado, vuelto hacia su hermana. Había notado acoplado a su espalda el cuerpo de Laura y uno de sus brazos sobre él. Había girado hasta colocarse boca arriba al tiempo que lo despegaba con sumo cuidado hasta colocarlo sobre su dueña, quien, como entre sueños, ¿lo fingía?, había farfullado algo. Entonces había sido consciente de que tenía otro pequeño problema. Nada que no se solucionara, por ejemplo, si era capaz, con una ducha fría. El resto parecía dormir angelicalmente. Se había incorporado sin desembarazarse del saco y había sorteado todo lo hábilmente que había podido los bultos hasta la puerta. En el baño entraba una lenta claridad de alba.

No había vuelto al dormitorio. Se había tumbado en el sofá de la sala de abajo y se había medio dormido.

Lo habían despertado definitivamente los ruidos en la cocina, se había incorporado al desayuno. Laura había aprovechado un momento de cercanía para susurrarle al oído:

—¿Te he molestado esta noche? —breve pausa llena de sonrisa— Ya te dije que me proporcionabas confianza.

Desde aquel fin de semana, se habían visto con la frecuencia que ella había propiciado. Él se dejaba llevar sin perder de vista su principal objetivo: la vigilancia. Le parecía que se había ido ganando la confianza de Laura, pero la consciencia de sus propios fingimientos le hacía no descartar los de su oponente.

Qué pretendía, qué creía poder conseguir Laura seguía siendo un misterio para él. No la creía tan ingenua como para pensar que su relación podía ser el medio para acabar con el chantaje.

Por lo menos no así, tal como de momento iban desarrollándose los acontecimientos. Por eso era realmente aún un misterio cómo podían desarrollarse luego, y a partir de qué momento.

Sacó el sobre, que seguía, doblado en ocho, en uno de los bolsillos de sus tejanos. Lo desplegó. Intentó alisarlo. No podía entregarlo así, había que cuidar los detalles. Lo plancharía, colocando encima una tela, como se hacía cuando se trataba de ropa delicada.

Esperó a que todos se hubieran ido y preparó la plancha. No sería difícil. Sabía hacerlo.

La plancha estaba muy caliente pero los pliegues se resistían a desaparecer del todo. ¿Por qué? Al fin y al cabo, el papel... Recordó que, claro, cuando se trataba de ropa y las arrugas se resistían, había que echar unas gotas de agua sobre la tela de encima, cosa que no podía hacer en este caso.

Bajó la temperatura de la plancha casi hasta el mínimo y probó directamente encima del sobre. Los malditos dobleces seguían notándose, le pareció que hasta más visibles por el contraste con el resto de la superficie planchada. Fue subiendo cautelosamente la temperatura, apretando la plancha contra el papel cada vez solo durante un segundo, para evitar que se quemara. Al levantar la plancha tras el tercer envite, la soltó bruscamente sobre el soporte con un exabrupto, maldita sea, no podía ser verdad, ¿el sobre había cambiado de color?... ligeramente, pero sí, lo suficiente como para que quizá pudieran darse cuenta cuando lo tuvieran entre sus manos. Y no podía dejar suelto el menor cabo.

Corrió a una papelería a comprar un sobre idéntico. Ahora el tiempo apremiaba ya. De vuelta en casa, abrió el sobre que contenía el dinero, lo vació y lo desplegó: convertido ya en una hoja, lo colocó cuidadosamente sobre el recién comprado y, con un bolígrafo de punta fina, repasó las letras escritas en el original, “Sr. Gómez”, para que quedaran grabadas en el nuevo. Luego escribió con un bolígrafo del mismo color sobre los tenues surcos. Metió el dinero, cerró el sobre, lo restregó por el suelo de su habitación, por aquellos rincones donde el polvo se acumulaba más. Y justo era ya la hora de salir de casa para incorporarse a su turno en el trabajo.

Capítulo 29

—¡También es casualidad que justo en aquel momento apareciera la señora de la limpieza! —dijo Mario.

—Nos confiamos. Ya sabíamos que a esa hora ella saldría, pero nos despistamos —respondió Rocío—, fue un fallo nuestro, de hecho lo teníamos previsto.

—Cuando recibí tu llamada solo pensé en que ya lo teníamos. ¡La cara que puso cuando entré!, no tenía desperdicio, lo dejaba todo claro.

—Fue cuestión de nada, mala suerte, solo con que hubiera tardado unos minutos más...

—Lo que no sabíamos es que fuera su madre... ¡Pobre mujer!

—No pareciera que supiera de qué iba la cosa, ¿verdad? Pero su aparición tan oportuna...

—¿Crees que pueda estar en el ajo? Era su hora normal de salida... No alcanzo a imaginar que una madre permita que su hijo se arriesgue metiéndose en semejantes asuntos. Su actitud, su expresión, no...

—A no ser que tenga la misma capacidad de disimulo que su hijo. Ya ves, hay que estar siempre alerta.

Rocío mantenía sus dos manos acopladas al tazón del café con leche, solo despegaba una de vez en cuando para desprender a pequeños tirones un pedacito de cruasán.

—Todavía me dura el frío que pasé ayer. ¿Tú no vas a tomar nada más sólido?

Mario acababa de pedir su segundo expreso.

—No tengo hambre. Lo único que necesito es estar bien despierto.

Miró su reloj.

—¿A qué hora llega la señora esa? —preguntó Rocío.

—No sé, no me lo dijo exactamente. Me llamará en cuanto salga de la estación de Sants hacia mi apartamento. Insistió en que nos encontráramos allí

—Mario volvió a consultar su reloj—. Pero tiene que estar al caer.

—Hay que encontrar el momento para apretarle las tuercas al chico. Cuanto antes, mejor. Hubiera sido perfecto haber podido hacerlo esta mañana, pero si no

entra hasta mediodía, no queda más remedio que posponerlo.

—Ha sido un contratiempo, sí. Y esta señora, no sé, es raro...

—Normalmente Marta te da la información exacta sobre el horario. ¿Esta vez no?

—Ya te digo, es un caso atípico. Solo le ha dicho que quiere que esté hoy todo el día con ella, y la noche, y que luego que ya veremos, que depende.

—¿De qué?

—No lo sé. Se ve que es una señora bastante mayor; más de lo habitual, por lo menos.

—Pues te las tendrás que arreglar para que podamos pillar al chico al mediodía mañana, en cuanto entre.

—Lo intentaré.

—¡Consíguelo! El tiempo apremia. No hay que darle tregua ni ocasión de preparar alguna jugarreta.

En aquel momento sonó el teléfono de Mario.

—Era la señora —dijo cuando hubo acabado de hablar—. Me voy. He de subir. Ya viene hacia aquí.

Capítulo 30

Cuando abrió la puerta y la vio, Mario se sorprendió de haberla aceptado como clienta. La sorpresa fue de tal calibre que fulminó cualquier amago de arrepentimiento o duda sobre la conveniencia de haberlo hecho. Había contestado que sí a Marta como tenía por norma, no estaba el horno para delicadezas.

Y no era la edad, que ya Marta se lo había advertido, sino aquel golpe de colores desbaratados en movimiento.

La hizo pasar. Colgó el abrigo desigual chino que había traído abierto sobre el ceñido jersey verde limón con lentejuelas, sobre la minifalda de flores marrones y amarillas, sobre las medias de red hasta los altos tacones de aguja y los brillantitos de los zapatos negros.

Agradeció que respondiera “Poleo menta, si tienes, por favor” a su ofrecimiento de tomar algo, porque ello le proporcionaba unos preciosos minutos a solas en la cocina imprescindibles para inventarse una actitud. Aquel rostro carnoso de violento carmín juvenil enmarcado por el platino de una peluquería reciente y aquel cuerpo redondo emanaban una maternalidad rabiosa.

Volvió con la infusión sin saber muy bien cuál debería ser el siguiente paso.

—Será mejor que te cuente por qué he venido —dijo la mujer.

Perfecto, eso le daría tiempo y herramientas. Mario sonrió sinceramente y se dispuso a dejarla hablar.

—Tengo sesenta y siete años, eso lo primero, niño, para que te vayas haciendo a la idea. Aunque no me puedo quejar, otras se conservan peor, ¿no?

Mario respondió como cabía, acentuando su sonrisa, a la pregunta que supuso retórica, porque, aunque la mujer lo miró con una cierta intención, no detuvo su discurso.

—Soy viuda desde hace dos años. Después de cuarenta y cuatro de matrimonio. Ya ves, me casé muy joven, y enseguida vino el primer hijo. Tuvimos cinco, y ahora tengo ya ocho nietos... ¡Pobres!, en estos momentos se creen que estoy en un balneario, ya ves, es su regalo de Reyes... En fin, a lo que íbamos: mi marido era contable, muy trabajador, y muy organizado... precisamente eso ha hecho que te encontrara... bueno, a la agencia... pero eso viene después.

La mujer hizo una pausa para beber un sorbito, produjo un mohín de que aún quemaba y continuó, volviendo a depositar la taza:

—Siempre he sido ama de casa. Ya ves, niño, en aquellos tiempos, y con tantos hijos... Pero no me iba mal, no. Yo hablaba con las amigas... No es que me quedara mucho tiempo libre, pero algún ratito para un café siempre sacábamos, ya te puedes imaginar, después de dejar a los niños en el colegio, o por las tardes, cuando los llevábamos un rato al parque. Porque con mi marido apenas si salíamos, trabajaba muchas horas, con tanta familia. Llevaba la contabilidad de tres o cuatro empresas. Y, pues eso, comparando con las otras, pues yo diría que era bastante feliz, que nuestro matrimonio no iba mal... si acaso, un poco aburrido a veces... la monotonía... pero supongo que eso le pasa a todo el mundo.

Ahora sí que bebió de la infusión con un gesto de asentimiento.

—Bueno, yendo al grano, que tampoco te quiero aburrir: hace cosa de tres años... sí, en el 11, que es cuando se publicó, y cuando mi marido tuvo el amago de infarto, pero eso fue después, una amiga de aquellas, porque con algunas nos hemos seguido viendo desde entonces, nos dijo que estaba leyendo un libro que acababa de salir, el de las sombras de Grey, niño, supongo que lo conoces, y empezó a decir que lo tendríamos que leer todas, que no sabía nosotras, pero que ella se estaba dando cuenta de lo que se había perdido. Nos contaba episodios. Yo era una de las que decían que aquello era cosa de novelas, que la vida real era la que nosotras conocíamos. Luego lo leí, aunque solo fuera por probar, porque acabó convenciéndonos, y la verdad es que me hizo pensar. Pero a aquellas alturas... Y, bueno, la cuestión es que al poco mi marido, como te he dicho antes, tuvo el primer infarto... un amago, dijeron...y el pobre...bueno, lo de pobre lo dejaremos estar, ya verás, a ver qué te parece a ti, niño. Pero bueno, que la verdad es que se portó bien, hacía todo lo que le dijeron los médicos... aunque al año siguiente le repitió el infarto, que de eso se murió.

Hizo una pausa y Mario se sintió obligado a intervenir:

—Tuvo que ser duro... después de tantos años de matrimonio, de vida en común...

El cambio de expresión de la mujer fue patente.

—Ya, pero es que en los meses que pasaron entre el amago y el infarto sucedió algo que cambió las cosas.

—¿Le apetece otra infusión? —preguntó Mario mientras se preparaba él un vermú, viendo que aquello iba para rato— ¿O algo más sólido?

Y sin esperar respuesta preparó unos platos con aceitunas, galletitas saladas y

frutos secos.

— Gracias, no hacía falta... ¡Y no me trates de usted!

—Te escucho —dijo Mario arrellanándose en su sillón.

—Bueno, niño, pues sí, lo que pasó fue que mi marido, cuando ya volvió a casa después del amago, pues, cómo te diría, yo lo veía como cambiado, como más pendiente de mí, más atento... Yo pensé que era por el susto que se había llevado y procuraba también estar por él, que se distrajera, que se le fuera el miedo. Al cabo de unas semanas se le veía más relajado, pero bastantes veces me di cuenta de que mientras yo estaba haciendo lo que fuera, faenando por casa, pues se me quedaba mirando fijo, sin decir nada; yo seguía a lo mío, pero a veces me daba hasta un poco de angustia, niño, notaba que me miraba sin parar... hasta le pregunté un día al médico si eso era normal, no fueran a ser secuelas...me dijo que no, claro,...hasta cuando estábamos comiendo, que en ocasiones levantaba la cabeza y se quedaba así, como para decirme algo, pero luego la volvía a bajar y seguía comiendo como si nada.

Mientras hablaba, la mujer no dejaba de picotear, cada vez más ansiosa.

—Por las noches, en la cama, me costaba dormirme porque empezaba a pensar en él mirándome de aquella manera cuando yo estuviera dormida... ¡qué quieres que te diga, niño, me daba hasta miedo, la verdad...! Hasta que un día, por fin, de golpe, al cabo de tres o cuatro meses, yo ya empezaba a estar de los nervios, pues habló: me dijo que el infarto le había hecho recapacitar, que se había dado cuenta de que no somos nada, que nuestro matrimonio era una de las cosas más valiosas...sí, con esa palabra lo dijo, “valiosas”... en su vida y que durante el tiempo que nos quedara, porque nunca se sabía, quería que fuera aún mejor... Yo lo tranquilicé, le aseguré que no tenía quejas, que había estado bien. Pero él insistió en que había algo que no se podía callar ya más, que quería decírmelo, para hacer borrón y cuenta nueva y que estuviéramos lo más unidos posible el resto de nuestras vidas. Me dijo que ya veía yo que lo que iba a confesarme no había influido en nuestro matrimonio, que en realidad para él había carecido de importancia, pero que no quería irse a la tumba con ese secreto, que ya no quería ocultarme nada para que me diera cuenta de que yo era lo que más le importaba, aparte de los hijos y los nietos, claro... Yo lo animé, ya ves, niño, le dije que después de tantos años no podía ser un secreto tan grave... aunque la verdad es que se me puso el pinchazo de la espalda, y bien fuerte esta vez, que yo ese pinchazo no lo había tenido nunca hasta hacía poco, que yo creo que era de los nervios que tenía acumulados de los meses anteriores...

Las manos de la mujer no paraban de los platitos a la boca y de la boca a los

platitos. Mario no sabía si reponer su contenido, pero optó por dejarla continuar.

—...Bueno, pues la cosa es que entonces, muy serio, empezó a contarme todos los asuntos que había tenido... “asuntos”, así dijo, que yo al principio creí que me estaba hablando del trabajo y no lo entendía... y me los empezó a contar de uno en uno y con todo detalle. Ya puestos, decía, no se trataba de hacer las cosas a medias, no quería dejarse nada en el tintero... me los contaba que parecían uno de aquellos informes que él hacía de vez en cuando para las empresas, que muchas veces cuando los tenía acabados me los leía a mí y todo, para ver cómo sonaban y si se entendían... que yo siempre le decía que sí, que muy bien, aunque yo la mayor parte de las cosas que decían no las entendía, y él por fuerza tenía que saberlo, pero me los leía igual... Pues eso, en total eran dieciséis “asuntos”, que los conté luego... y me estuvo hablando de ellos durante varios días... eso, lo que te digo, él era así de minucioso, con sus fechas y su duración y todo, me lo explicó... Y yo empecé a acordarme del libro... A mí cada día me pinchaba más la espalda, que me tenía que callar, porque me dijo que yo que lo dejara acabar, que así no se despistaba y lo decía todo bien, sin errores, que ya luego al final ya me escucharía todo lo que yo quisiera decirle... y a mí me pinchaba más y más la espalda, ya casi me pinchaba sin parar, hasta que de golpe dejó de pincharme, así, niño, de repente, y lo que empecé a sentir fue una rabia..., grande, no te creas, pero también se me pasó, y cuando acabó de contármelo todo yo ya no quería ni hablar, se me fueron las ganas, lo miraba y lo veía como si fuera una cosa.

Mario, disculpándose por la interrupción, se levantó para rellenar los platos, porque ya los dedos de la señora en su vaivén incesante solo trasegaban miguitas.

—Y luego todo volvió a la normalidad —continuó ella apenas Mario volvió a sentarse—, es un decir, porque mi marido se mostraba continuamente entusiasmado con el éxito de nuestro matrimonio... y yo no le llevaba la contraria, no, para qué, pero por dentro me fue volviendo la rabia... el pinchazo de la espalda nunca más, ya ves... y, Dios me perdone, pero iba pensando el tiempo que me quedaría por delante de matrimonio “feliz” con la “cosa” aquella que yo veía cuando tenía a mi marido delante... Hasta que se convirtió en una obsesión, una verdadera obsesión que me traía loca, niño, no te puedes ni imaginar... y él tan satisfecho, empezó a empeñarse en que saliéramos más, hasta de viaje, y con amigos, que no sé de dónde se los sacó de pronto, y todo era hablarles de la suerte que habíamos tenido, de que no hay mal que por bien no venga, de que nosotros... porque siempre hablaba en plural, ya ves, y yo

callada, qué iba a hacer... habíamos sabido hacer de una derrota una victoria, que “quien adelante no mira, atrás se queda”, que “nunca es tarde si la dicha es buena”, “que agua pasada no mueve molino”, que “donde menos se piensa salta la liebre”... A mí eso de los refranes y demás siempre me ha parecido un poco tonto, que no sé si te habrás fijado en algunos, como esos de “A quien madruga Dios le ayuda” y “No por mucho madrugar amanece más temprano”, que entonces, ¿en qué quedamos?...pero él y sus amigos parecían creer eso de que son la sabiduría popular, y ellos no paraban de darle la razón y le admiraban... bueno, ”nos” admiraban... Y, a todo esto, no me preguntes por qué, yo me acordaba cada vez más de las cosas que había leído en el libro aquel, el de las sombras...

La señora calló dejando la mirada prendida de algo que solo ella veía. Mario aprovechó para retirar los platos de nuevo vacíos, todos menos uno, que acabó de completar con unos pocos taquitos de queso, que era lo único que le quedaba ya.

—En fin —continuó la mujer volviendo a mirar a Mario—, que cuando me vi viuda, decidí... a mí misma me suena raro, si me paro a pensarlo, porque en tantos años de matrimonio ni se me había pasado por la cabeza hacer nada con otro hombre... pero lo decidí, sí: me prometí que no me moriría sin haberlo probado con un profesional. Y el pobre, sin querer, me ayudó, ya ves cómo son las cosas, niño, que mirando todos sus papeles para ver lo que había que tirar, me encontré en sus agendas otra vez con todo lo que me había contado... fechas, nombres, direcciones, teléfonos... hasta el de tu agencia, niño, que entonces llamé para preguntar... Y por eso, ¡aquí me tienes! Y ya está.

Suspiró de arriba abajo, miró su relojito dorado de pulsera con pequeños abalorios colgantes:

—¡Y vámonos a comer!, que con tanto hablar se me ha abierto el apetito.

Capítulo 31

Rocío no cogía el teléfono. ¿Qué estaría haciendo? Insistió una y otra vez. Impaciente, miró la hora en el reloj de recepción: las dos y media. La señora seguía plácidamente sentada en un sillón del *hall*. Pero no debía hacerla esperar demasiado tiempo. Probó con un *whatsapp*, “Coge el teléfono, por favor”.

—¿Qué pasa, Mario? Acabo de ver cuatro llamadas perdidas. Estaba...

—¡No es él, Rocío, acaba de entregarme el sobre!

La voz sonaba desolada de angustia.

—¿Cómo? ¿Quién...?

—El chico, Jimmy. Dice que lo ha encontrado al empezar su turno, medio escondido debajo del mostrador. Se ha disculpado. Dice que se debió de caer anoche de la caja al recoger las cosas... ¡Hemos metido la pata! ¡Estamos como al principio!

—A ver, primero tranquilízate. No puede ser... es muy raro... ¿No ves que nadie pasó a recogerlo en todo el día? El sobre lo tienes tú ahora, ¿no?

—Sí, sí, pero no sé si tendría que volver a dejarlo...

—No, no lo hagas. Dime, ¿cómo está el sobre? ¿Está como cuando lo dejaste? Quiero decir... si ha estado toda la noche por el suelo...

—Bueno, está bastante sucio, claro, lleno de polvo pegado.

—Escucha, Mario, ahora mismo no puedo hablar más, he dejado a medias una conversación con el redactor jefe. Vamos a hacer lo que teníamos previsto.

—Pero, ¿y si pasan hoy a recogerlo? No puedo arriesgarme a...

—Hazme caso, Mario, quédatelo. Y procura calmarte. Seguimos con nuestro plan. Por cierto, ¿tú no tenías que estar con la señora?

—La tengo ahí sentada en recepción, esperando... Íbamos a salir para comer cuando me lo ha entregado.

—¿Y ya le has dicho lo de mañana al mediodía?

—No... ahora durante la comida: que tengo un asunto que resolver con mi hija. Creo que no habrá ningún problema por ese lado.

—¿No?

—No... vamos, no creo... Hemos estado hablando un poco también de los

hijos...

—¿De los hijos? ¿Habéis estado hablando de los hijos?!

—Sí... entre otras muchas cosas; si la vieras... no, seguro que lo puedo arreglar.

—Bien. Entonces, si no podemos hablar antes, nos vemos mañana a la una menos cuarto en tu apartamento como habíamos quedado.

—Pero, realmente, ¿tú crees que...?

—Mario, de verdad, tengo que colgar. Confía en mí. Hasta mañana.

Capítulo 32

4 de enero de 2014

Mario se despertó y la pereza de ver a la señora le hizo permanecer tras el parapeto de sus párpados cerrados. No la oía respirar o removerse junto a él. Allí atrincherado, recordó que tenía que decirle aún lo del mediodía. Luego oyó ajeteo en la cocina. Abrió los ojos lo justo para llegar hasta la ducha. Mientras se vestía, la oyó canturrear. A pesar de la ansiedad que había vuelto a despertar al mismo tiempo que él, sonrió al aroma del café.

Sobre la mesa de la cocina no quedaba espacio vacío: la mayor parte de aquellas cosas no habían salido desde luego de ningún lugar de su cocina.

A medio desayuno la señora le comunicó su satisfacción y su voluntad de que siguiera con ella hasta el día siguiente, su tren salía hacia el final de la mañana. Mario procuró mostrarse encantado y aprovechó la coyuntura para negociar las horas de aquel mediodía. La señora no cabía en sí de comprensión. “Los hijos son lo primero, cómo no. Ya me pareciste ayer preocupado después de aquella llamada que hiciste, niño... hablabas con tu hija, ¿no?, no creas que no me di cuenta”.

De doce a cuatro, eso fue lo acordado.

“Solo aconséjame un sitio para ir a comer y ya está”. Mario pensó en acompañarla hasta algún buen restaurante, qué menos, desde donde pudiera a él darle tiempo de pasar por su casa y estar de regreso en el apartamento para su cita con Rocío. Cogería el coche. Quería creer que Rocío llevaba razón, pero no las tenía todas consigo. ¿Y si habían pasado a por el sobre y, al no encontrarlo...? Laura no había dado señales de vida, eso era buena señal, pero era preferible verla y comprobar que todo seguía en orden.

Sin novedades y con seis minutos de retraso llegó de regreso al apartamento para encontrarse con Rocío, quien lo esperaba ya en la puerta. Por su mirada pasó apenas un deje de recriminación por la tardanza. Entraron. Ella estaba impaciente por ver el sobre. Lo observó por todos lados. Tuvo que reconocer, pero se guardó mucho de decirlo en voz alta, que su aspecto cuadraba con la versión del chico. “¿No lo has abierto?” Lo hizo ella. Tenía que haber algo... Se resistía a creer en la veracidad de aquella historia. Extrajo los billetes. Los contó.

No se resignaba. Para darse tiempo, fue a sentarse en el sofá junto a Mario, depositó sobre y dinero encima de la mesita sin poder apartar la vista de ellos. Todo parecía en orden, pero todo también en su interior se resistía a aceptar esa realidad. De repente el corazón le dio un vuelco. Miró a Mario:

—Estos billetes... ¿Dónde los tuviste antes de meterlos en el sobre?

—En la cartera, acababa de sacarlos del cajero. Ya sabes que no me gusta tener por aquí mucho dinero.

Ella le acercó los billetes:

—Pues fíjate bien en ellos... las marcas... Yo creo que han estado doblados.

Capítulo 33

Jimmy cogió la caja de herramientas y se dirigió al 221. El apartamento de Puigvert, que acababa de llamar para decir que hacía unos días que el desagüe del lavabo iba muy lento. Le había pedido que subiera a desatascarlo, por favor, que era urgente, ya prácticamente no tragaba.

Jimmy subía repitiéndose que era un requerimiento que entraba dentro de lo habitual en su trabajo; aunque alerta, una vez más. Qué hartura. Pero, se rio para sus adentros, ¿quién se estaba llevando la pasta que salía de todas esas mujeres?, como la vieja de ahora, hacía falta estómago, qué *pringao*, mientras él se beneficiaba a la hija, bueno, se la beneficiaba a medias, esa también lo hartaba a veces con sus remilgos, vaya par, ¡los reyes de la estrategia! ¿Y quién se estaba llevando el gato al agua?

Le abrió la puerta Puigvert. Allí estaba también la mujer de la otra noche, la que le había pedido el sobre. Otra pija, se veía a la legua, otra listilla inútil. Fue hacia el cuarto de baño. Se sabía de memoria los apartamentos, todos prácticamente iguales. Pero lo detuvieron. Le dijeron que dejara la caja, que tenían que hablar.

Entonces le llamaron la atención dos cosas: una, el dinero extendido junto al sobre encima de la mesita; otra, esta fuera de toda lógica, la toalla sobre el respaldo de una silla, como puesta a secar, una toalla de rayas verdes y azules bordeadas por una franja más ancha de un azul aún más brillante, la división entre las rayas no era completamente nítida, formaba una especie de zigzag, la imagen se le quedó grabada porque allí iban a parar una y otra vez sus ojos, como a un campo neutral y evasorio, mientras ellos hablaban, los dos, Puigvert apenas apoyando la fuerza de la mujer. Que se le había acabado el chollo, que ya nos les cabía ninguna duda de que el chantaje era obra suya, “Mira los billetes, ¿cómo explicas que tengan marcas de haber estado doblados y el sobre no? No tenían esas marcas al meterlos en el sobre”. Él intentó aferrarse a su ignorancia, se debatió por zafarse, mediante el desentendimiento, de la reconstrucción, bastante exacta, de sus propios actos. No le hacían ni caso, ni lo escuchaban. “Siempre pasan a recoger el sobre el mismo día de la entrega. ¡Qué casualidad que esta vez no lo hayan hecho!, ¿verdad?, ni siquiera al día siguiente, que era

ayer; ni al siguiente, que es hoy, ha dado nadie señales de vida... porque no las han dado, ¿no? Claro que, como tú no sabes nada de todo esto, pues no te habrá parecido extraño... ¿Quieres que esperemos? Cuando vengan a buscarlo nos avisas, dices que lo queremos entregar en mano... ¡¿Cuánto crees tú que tendríamos que esperar?! ¡¿Quieres que hagamos la prueba?!”

La mujer dijo ser abogada: podían arreglar aquello en buenos términos, él vería: se acababa el chantaje y todos salían ganando; eso sí, que no se le ocurriera cumplir su amenaza, porque, igual que si persistía en negar su implicación, ¿se daba cuenta de las consecuencias que tendría para él una denuncia? Para él y para su familia, dijo. Qué hija de puta, se repetiría a sí mismo mil veces después. ¿Qué le parecería todo aquello a su madre? Porque todavía no llevaban en el país cinco años, todavía estaban con el permiso de residencia temporal, ¿no? Eso si tenían papeles. ¿Los tenían?

Cuando él gritó que no tenían pruebas, que no podían tenerlas porque él no sabía ni de qué le estaban hablando, la mujer se le rio a la cara: “Eso es lo que tú te crees. Tenemos la numeración de todos los billetes que se han entregado”, parecía disfrutar, la muy desgraciada, esto también se lo repetiría más tarde. “No creo que te hayas gastado todo el dinero. Seguro que tu madre no pone pegas a un registro de tu habitación para encontrarlo”

Él peleó, se revolvía, en qué se iban a basar para denunciarlo, él no había hecho nada malo, ni cometido ningún delito, qué se habían creído, no les iban a admitir una denuncia así, hecha a cualquiera, sin más... “¿Tú crees que no, que la policía iba a tener algún reparo en admitir una denuncia puesta por nosotros contra ti?”, y la mujer pronunció las palabras “nosotros” y “ti” como marcándolas a fuego, cargada de desprecio la segunda. “Yo creo que lo que tenemos que hacer ya mismo es hablar con su madre, eso lo primero”, añadió dirigiéndose a Puigvert, y descolgó el teléfono: “Voy a ver si está aquí ahora trabajando”.

—¡No! ¡Déjenla en paz!

—Vale —dijo Rocío devolviendo el receptor a su soporte—. Parece que aún podemos entendernos. Nosotros la dejamos en paz, pero tú nos explicas quién habló con la hija del Sr. Puigvert para contarle lo que le contó. ¿Quién más está metido en esto? ¡A lo mejor es alguien de tu familia! Mario —añadió dirigiéndose de nuevo a éste—, cada vez estoy más convencida de que deberíamos hablar ya con la madre, sin pérdida de tiempo...

—¡¡¡ Que la dejen en paz!!!

—Pues ya sabes...

—¿Y cómo estoy yo seguro de que de verdad no van a molestarla, que van a dejarla tranquila?

Bien mirado, no iba a poder estar nunca seguro... Pero, por si acaso, y a no ser que lo que pasara fuera que tenía muchas ganas de regresar a su país, ella en su lugar empezaría por intentar que a partir de aquel momento fuera el Sr. Puigvert quien se quedara definitivamente tranquilo.

—Admiro tu sangre fría —dijo Mario un buen rato después. Jimmy acababa de irse dando un portazo—. ¿Cómo se te ocurrió eso de la numeración de los billetes?... ¡Gracias! Nunca podré agradecerte bastante lo que has hecho por mí.

Miró el reloj.

—Bueno —añadió—, todavía me queda algo de tiempo antes de ir a buscar a la señora. Me bajo al gimnasio. Lo necesito.

—Desde luego. Te vendrá bien —le contestó Rocío sonriendo mientras recogía sus cosas—. Pero, ¿no vas a llamar antes a tu hija para comunicarle la buena nueva?

—Prefiero decírselo de palabra. Aunque tenga que esperar hasta mañana. Es demasiado importante.

Capítulo 34

Rubén lo estaba esperando en recepción, impaciente. Había prometido a una inquilina solucionarle, antes de acabar su turno, el problema de unas puertas que chirriaban.

Solo entonces fue Jimmy consciente de que se había dejado la caja de herramientas en el apartamento de Puigvert. Y desde luego no habría quien le hiciera volver allí para recogerla.

En aquel momento, Puigvert y Rocío salieron del ascensor. Jimmy se limitó a mirar por el rabillo del ojo. Se despedían. En cuanto la mujer se separó de Mario y este se quedó solo, Rubén se apresuró a hablar con él y juntos volvieron a tomar el ascensor.

La mujer pasó por delante de Jimmy hacia la puerta de salida. No supo si lo miró, él no levantó la vista.

Se debatía entre el deseo de que algún inquilino requiriera sus servicios, de verse obligado a hacer algo, y el de que lo ignoraran, invisibilizarse, desaparecer.

Volvió Rubén. Dejó la caja. Acababa su turno. “Alegra esa cara, chico, siete horas se pasan volando”, le dijo con sorna al despedirse. Con él había bajado Puigvert, hacia el gimnasio.

Siete horas, setenta, setecientas: la misma eternidad.

Cada vez que alguien entraba o salía, la puerta corredera traía una ráfaga fría que le incitaba a escapar. ¿Cómo le había tocado de nuevo perder? Se resistía a resignarse.

Vio cómo Puigvert subía del gimnasio y al poco volvía a bajar, tan elegante como siempre, seguía con su vida, el muy cabrón, estaría satisfecho, con el mismo aire de suficiencia que tanto le desagradaba en él incluso antes de que todo aquello empezara.

Fijó la vista en el pequeño piloto naranja de la centralita telefónica y el color tiñó todo el vestíbulo cuando separó de él sus ojos, como si su rabia lo hubiera absorbido.

Seis horas. Cinco.

Y lo vio regresar con la vieja, ella sí que saludó al entrar, él le sonreía, le hablaba inclinándose hacia ella como si en su lugar llevara del brazo a una *miss*,

tan pavo real como de costumbre, aún más si cabía.

Cuatro horas.

Le crecía la rabia naranja. Invadía la imagen de su vida de allí en adelante, el páramo de concesiones encadenadas que había creído conseguir enderezar.

Aún volvieron a salir. Le llegaron retazos de las palabras de ella sobre un restaurante con espectáculo. Aquel cabrón iba a seguir ufano entre aquellos que ganaban siempre, desterrándolo a él como si todo ello correspondiera a un orden natural, preestablecido. Ya veríamos.

Tres horas. Dos.

Toda su desazón, su ira se iban abocando a su cita de aquella noche con Laura. Aún creía disponer de una baza. ¿Habría tenido aquel mal parido ocasión de explicarle a su hija cómo estaban las cosas? Tuvo que llamarla. Hablaron. Todo parecía normal. No se relajó.

Una hora. Media. Un cuarto, y saldría en busca de Laura.

A menos diez lo tenía ya todo recogido. Impaciente, esperaba a que su madre apareciera para cerrar y salir pitando.

Ya estaba ahí. Traía en una mano la toalla de rayas verdes y azules. La ira le aceleró la sangre y le disparó las palabras:

—¿Qué haces con eso?

La madre, en su cansancio, pareció no percibir el tono, no reaccionó al exabrupto:

—Toma. Guárdala en el cuartito de objetos perdidos. Alguien se la dejó en el vestuario del gimnasio.

Jimmy la cogió con aprensión y la metió de cualquier manera en uno de los armaritos.

—Mañana a primera hora la llevaré. Ahora no tengo tiempo. He quedado. Me esperan.

—¿Cómo que has quedado? ¿Te has olvidado de que tenemos que ir a la Gran Vía a comprar los regalos de Reyes?

Capítulo 35

Noche del 4 al 5 de enero de 2014

Laura colgó el teléfono. Era la tercera llamada de Jimmy en aquel día, y la única que esperaba. No acababa de entenderlo.

Había sido un día raro, todo él. También su padre se había comportado de forma extraña. Se había presentado hacia el mediodía, empeñado en que charlaran un rato, no veía ella bien por qué, había vuelto a marcharse al cabo de un cuarto de hora; lo había visto nerviosísimo, y eufórico, se había despedido de ella con un abrazo y una sonrisa que le habían parecido casi histéricos. Pero, si lo pensaba bien, ya llevaba un par de días raro, hacía dos o tres noches había vuelto a casa extrañamente contento, con una especie de excitación contenida...

Él seguía con sus citas, claro, y desde que todo el asunto había quedado al descubierto, no habían vuelto a mencionarlo ninguno de los dos; su padre hablaba de los horarios en que podían coincidir en casa y ella escuchaba la información como si de un trabajo cualquiera se tratase y como si realmente le importara. La situación actual tenía de bueno para ella que disfrutaba de una mayor autonomía y libertad de movimientos. No se había detenido demasiado a pensar en cómo podría sentirse su padre, pero intuyó enseguida, y el devenir de los días lo demostraba, que el ya débil lazo de la autoridad se había aflojado aún más si cabía en aras de una cómoda convivencia, de una intocable, quieta, frágil, delicada atmósfera de normalidad.

Por eso le sorprendía su comportamiento de los últimos días. Quizá la situación estaba empezando a superarlo.

Bueno. Esta noche su padre tampoco dormía en casa. Podría estar con Jimmy todo el tiempo que le interesara. Suspiró con un gesto torcido. En algunos momentos la agotaba aquella relación, un verdadero acoso si no fuera ella la primera interesada en mantenerla. Nunca antes había cedido con ningún otro como con él, nunca jamás en su vida hubiera pensado en acceder a ciertas cosas. Con ninguno había llegado tan lejos, aunque no tanto como él parecía querer. Nada parecía bastarle, se lamentó. Y, lo que era peor, no veía signo de alguno de estar consiguiendo su objetivo. Ella había previsto, dándolo por descontado, que

ese tira y afloja que siempre practicaba produjera los consabidos resultados: una entrega indefensa por parte del otro, un empeño feroz en demostrarle amor y conseguir el de ella por una servidumbre sin resquicios. Quizá con Jimmy se le escapaban las señales. Era otra historia, esta. Por eso se había adaptado, había cedido, había seguido por el camino que él marcaba... Aunque realmente su plan estaba tardando demasiado tiempo en mostrarse efectivo... ¿Podía ser el sexo la materia de la rienda? Pero no estaba dispuesta a acostarse con él, eso que ni lo soñara. No estaría de más, empezaba a pensar, aguzar las antenas y de paso captar, que tenía que haberla, alguna otra posible debilidad rentable.

No sabía qué pensar. La primera llamada del chico aquella tarde le había dado esperanzas: nunca antes la había llamado así, sin más, solo porque se acordaba de ella y la echaba de menos, por lo menos eso había dicho, que estaba impaciente por que fueran las diez y media para volver a verla. Pero luego la había vuelto a llamar, cuando estaba ya arreglada y a punto de salir de casa, para posponer la cita hasta las once y media, o las doce, ya la volvería a llamar cuando hubieran comprado los regalos de Reyes... ¡Los regalos de Reyes! ¡Vaya excusa! Pero, ¿qué otra cosa podía retrasarlo tanto? ¿Se estaría cansando? Le produjo un escalofrío el haber sido capaz de pensarlo. No. Lo creyó. Era una excusa demasiado rara como para no ser verdad.

Apagó la televisión, que había estado emitiendo a lo tonto mientras ella pensaba en otras cosas.

Se miró, antes de salir, en el espejo de cuerpo entero del vestíbulo y sonrió, recuperada ya de nuevo por completo toda su confianza.

Entonces la sobresaltó el timbre de la puerta.

Capítulo 36

En la Gran Vía se iban apagando paulatinamente las voces de los villancicos, el brillo de las luces multicolores. Los puestos de regalos navideños y juguetes iban adoptando su aire nocturno de grandes cajas grises, mudas e indiferentes.

Jimmy y su madre aún pudieron acercarse a las más trasnochadoras, que remoloneaban aquí y allá concentrando a los últimos compradores.

Tuvieron suerte, y poco después de las once ya se dirigían al metro cargados de paquetes. La madre olvidaba su cansancio, feliz por haber encontrado tan pronto los regalos que buscaban.

Jimmy contaba sin parar las estaciones. Su impaciencia parecía detener el tiempo y alargar el trayecto.

Luego acompañó a la madre hasta la casa, para subirle los paquetes, la ayudó a guardarlos y telefoneó a Laura. La citó a las doce y media en el cruce de Llobregós con la Rambla del Carmelo, de modo que a él le diera tiempo de hacer lo que tenía previsto. Al vestíbulo, a punto de irse, le llegó la voz preocupada de su madre que le instaba a comer algo antes de marcharse. Volvió sobre sus pasos para darle un beso que la tranquilizara.

Cerca ya de casa de Laura, moderó el paso. Se veía luz en el interior. Llegaba a tiempo.

Llamó al timbre. Vio oscurecerse la mirilla unos segundos antes de que la chica le abriera la puerta. Compuso en su rostro una sonrisa que borrara el gesto de sorpresa molesta en el de ella.

—Como es tan tarde, he preferido venir a buscarte —dijo—. Y con esas palabras intentó colarse en el interior.

—Pues ya estoy preparada, podemos irnos —respondió Laura.

—¿No me das ni un beso? —preguntó Jimmy mientras con una caricia le apartaba el pelo de la cara— No hay prisa, ¿verdad? Tengo curiosidad por ver tu casa.

Ella no acababa de franquearle el paso. Él se acercó más a ella y le dijo cuántas veces había intentado imaginársela, pensando en ella allí, en sus gestos cotidianos...

Laura cedió a la presión del muchacho, que ya era física, le dejó entrar y

cerró la puerta, contra la que se vio enseguida empujada suave pero firmemente.

—¿No querías ver la casa? —dijo intentando zafarse con delicadeza.

—Tenemos tiempo de sobra —le recordó Jimmy antes de besarla.

—Hay algo en la puerta que se me está clavando en la espalda —se quejó Laura en susurros, mientras intentaba apartarlo con un poco más de decisión—. Además, está fría. Ven, que te enseñe la casa y nos vamos.

El chico, con una mueca infantil de rendición, la siguió en el recorrido por los diferentes espacios. Se detenía, hacía observaciones, la retardaba con contactos apremiantes. Ella empezaba a preguntarse si había sido buena idea haberle permitido entrar.

Jimmy percibió su tensión.

—Esto es muy grande. Invítame a una copa, luego seguimos —le propuso.

—¿No se nos hará demasiado tarde para salir? —objetó Laura.

—Nadie nos obliga a salir, también podemos quedarnos aquí —respondió Jimmy sin pensar.

Inmediatamente se arrepintió de sus palabras, pues la chica se volvió bruscamente hacia él, pura extrañeza en su cara.

—Era una broma —se apresuró a añadir—. Perdona, por favor, no te enfades.

En el fondo le daba igual, porque la intención que le había llevado hasta allí, lejos de debilitarse, le urgía cada vez más acuciantemente, reavivada por la visión de los relucientes muebles caros, de los mullidos sillones y sofás, de la cocina de diseño con abundantes superficies de mármol y equipada con electrodomésticos cuyo uso exacto a él se le escapaba, de la piscina: todo ello la constatación fehaciente de la diferencia, de un estilo de vida cuyo disfrute a él y a su familia les seguiría estando vedado. “Aún me queda una baza”, había pasado oscuramente por su cabeza aquella tarde al pensar en Laura, y de golpe se le hacía claro el sentido de aquel pensamiento aparentemente absurdo. Podría no tratarse de justicia, pero tampoco se trataba de venganza: era más bien el intento de retener una parte al menos de algo que nos es arrebatado de las manos cuando lo dábamos por nuestro seguros de habérselo ganado a pulso; algo que nos era debido y que el incumplimiento prepotente e impune de una promesa nos escamoteara. Pero no le convenía que se asustara ni que estuviera a la defensiva, de modo que se apartó de ella, se dirigió al salón y rectificó con una sonrisa traviesa arrellanándose en el sofá:

—¡Venga!, si te parece bien nos tomamos esa copa y nos vamos.

Laura empezó a pensar que quizá por fin se había producido la situación que

había estado esperando. Recordó sus palabras de la tarde por teléfono. Y esa suavidad de ahora, esa docilidad, esa atención a sus mínimas reacciones, ese buscar su agrado cediéndole la iniciativa, la impulsaron a emprender una derrota improvisada, a probar su efectividad: al tiempo que preparaba las bebidas, le dijo medio riéndose:

—Pues he estado a punto de cancelar nuestra cita cuando me has llamado con la historia de los juguetes. Bueno, de cancelarla y de sustituirla por otra, porque Carlos me había llamado para salir.

Jimmy le siguió el juego:

—¿Tan poco te importo, que hubieras cancelado nuestra cita para salir con un simple amigo?

—Un amigo; de simple, nada, y nunca se sabe...

—¿De verdad no se sabe? —le preguntó Jimmy mirándola con todo el arrobo del que pudo hacer acopio.

Estaba disfrutando como no se podía haber imaginado de aquel aplazamiento de la acometida definitiva. Se esforzó en las palabras y en el sentimiento para decirle que comprendía, tenía ella razón, que respetaba a sus amigos y su mundo, que él estaba muy lejos de poder ofrecerle lo que ellos, pero que había creído que habían creado entre los dos algo diferente y especial, que no renunciaba a hacerse la ilusión... Y ahí se detuvo:

—¡Por lo nuestro! —añadió acercando su copa a la de ella.

Laura compuso un delicioso mohín de malquerida y murmuró:

—A veces no sé muy bien qué es realmente “lo nuestro”.

Jimmy respondió tomándole la mano:

—¿Lo dudas? —dijo asustándose casi de su propia sangre fría, satisfecho en lo más profundo.

Ella le sorprendió con un lugar común, impropio de ella, pensó Jimmy:

—Sí, lo dudo. A veces me parece que eres como la mayoría, que solo buscas...

—Te busco a ti —la interrumpió él, y la cruda verdad de la frase, consuelo o desafío, lo abrumó y pareció enrarecer el aire.

—Pues no sé si has elegido el mejor camino para encontrarme.

—¿Qué quieres decir?

—¿De veras no lo entiendes? ¡No te hagas el tonto! ¿Tú crees que yo soy yo del todo en esta situación?

—Ya —dijo él como dándose cuenta de pronto de algo que hubiese realmente olvidado, que hubiera carecido de importancia.

Le convenía seguir el camino que ella le abría:

—Ven. Ven aquí.

Laura le hizo caso.

—Puedo entender cómo te sientes —continuó Jimmy tomándole las manos—. Pero tú y yo podemos estar por encima de todo esto. No va contigo.

—¿Cómo que no va conmigo? ¿Me tomas el pelo?

—No va contra ti. Tú estás a salvo, puedes estar segura. ¿Tú crees que yo querría hacerte daño? Tú sabes lo que yo siento por ti.

—Palabras. No me lo demuestras.

—No lo quieres ver porque desconfías.

—¿Desconfío? Me tenéis como rehén. Si mi padre no pudiera o no quisiera pagaros, me hundiríais la vida sin problemas.

—¿Me crees capaz? Tú misma le dijiste a mi hermana que no tienes por qué pagar las culpas de tu padre. Es solo una amenaza.

Laura se sentía en el buen camino, cada vez más segura

—¡Solo una amenaza! Nadie que me quisiera haría algo así.

—Tienes que creerme. Esto durará solo un tiempo.

—¿Cuánto? ¿Lo sabes tú mismo?

—No mucho, te lo juro. Es por mi madre, por mi familia. Luego haré lo que tú me pidas.

—Luego quizá sea demasiado tarde.

—De acuerdo. Dame un plazo.

—¿Y cómo sé que luego vas a cumplir lo que estás diciendo, que nadie va a enterarse de...?

—Sigues desconfiando. También yo podría hacerlo. ¿Por qué sales conmigo? ¿Solo para convencerme de que todo esto se acabe?

Jimmy había arriesgado y de hecho la respuesta de Laura se demoró:

—No, Jimmy, yo no...

Había lágrimas en sus ojos.

“Cocodrilo, cocodrilo...” pensó Jimmy, “...no te va a servir de nada”. Pero dijo, abrazándola:

—Tranquila. Ya está. Perdóname. Ni yo mismo me creo lo que acabo de decir, lo que pasa es que a veces lo he pensado y tengo mucho miedo de que pudiera ser verdad.

Laura consiguió controlar el sobresalto y esbozar un gesto ofendido:

—¿De verdad has creído que...?

—No me hagas caso. Va. Ponme un plazo. Todo lo corto que quieras.

—Todo lo corto que quisiera, sería de ya.

—De acuerdo. Pero dame tiempo para hablar con mi hermana, para hacerle ver las cosas.

—¿Quieres decir que a lo mejor ella se opondría, porque creería que luego no seguiríamos siendo amigos suyos si...?

—Quizá. No lo sé.

—Pues entonces en realidad esto no depende solo de ti.

—Yo la convenceré. Siempre me ha hecho caso. No será difícil hacerle ver que las cosas pueden ser mejor para todos definitivamente.

—Eso espero.

Jimmy cogió las copas olvidadas sobre la mesita. Le acercó la suya a Laura.

—Se habrá calentado ya —dijo ella.

—No lo vamos a tirar. ¡Brindemos!

Vacías las copas, Laura consultó la hora:

—Si hemos de salir... —dijo.

—Acuérdate de que no has acabado de enseñarme la casa.

—Vale, pero rápido.

—Es viernes, estará todo abierto hasta tarde. Aunque —tanteó Jimmy mientras ya la seguía hacia el piso superior—, tienes razón, no vaya a ser que vuelva tu padre y me encuentre aquí contigo, no sé qué iba a pensar.

—No. Por ese lado, tranquilo. No va a dormir aquí esta noche.

Ella acabó de enseñarle lo que faltaba. Otro estudio. El cuarto de la plancha. Su propio dormitorio.

—Esa muñeca...

—Te gusta, ¿eh?

—Mi hermana tiene una muy parecida.

—Pero seguro que no es igual, esta tiene casi cien años. Era ya de mi bisabuela. Tiene todo el cuerpo de porcelana, no como las que hacen ahora, que son de trapo y que tienen de porcelana la cara y las manos.

—¿De verdad? ¿Me dejas verla?

Cuando ya Laura se disponía a empezar a bajar las escaleras, Jimmy la retuvo. Ella no opuso resistencia hasta que el chico comenzó a hacerla retroceder hasta la puerta de su habitación y dijo:

—Ahora que ya hemos llegado a un acuerdo, ¿no crees que podríamos celebrarlo?

—No vuelvas a las andadas. Vámonos —respondió ella, intentando en vano escabullirse con una risa que se hizo añicos contra la expresión de la cara de

Jimmy y el tono de su respuesta:

—No. No nos vamos.

Capítulo 37

5 de enero de 2014 - 15, 15h.

No podía encontrar la dichosa toalla. Igual se la había dejado en el gimnasio la tarde anterior. No era de extrañar. Mario seguía sintiéndose exultante, liberado y vencedor a un tiempo, pero le era imposible centrarse, asumir que todo estaba ya por fin solucionado y calmarse, reencontrar su equilibrio y disfrutar en el convencimiento de que volvía a ser él quien controlaba su propia vida. Y eso no sucedería hasta haber hablado con Laura, haberle comunicado la noticia, haberse, de alguna manera, reconciliado con ella.

Se vio sonreír en el reflejo del cristal de una ventana. Fue a mirarse en el espejo del dormitorio. No podía dejar de sonreír. Se dedicó a sí mismo unas cuantas muecas entre burlonas y admirativas, de triunfo. Se rio al pensar en la señora, a la que había dejado en la estación, confundida aún por su entusiasmo:

—Niño, no sabes lo que me alegro de que tú hayas estado también tan a gusto conmigo —le había dicho al despedirse—. Y me alegro también de que hayas solucionado el problema con tu hija, que lo noté enseguida, que se te ha visto luego mucho más contento.

Luego había comido con Rocío, para empezar a celebrar el éxito, aunque la verdadera celebración vendría después, cuando se reuniera con Laura y pudiera contárselo.

—¿Has vuelto a ver al chico? —le había preguntado aquella.

—No, no debía de haber empezado aún su turno cuando he salido con la señora. Ni ganas.

Había querido volver aún al apartamento para recoger algunas cosas. Tenía la intención de pasar el resto de las vacaciones de Navidad con Laura.

Dejó de buscar la toalla y se le pasó por la cabeza la idea de prescindir del gimnasio y salir ya para casa. Estaba de verdad impaciente por ver a su hija. Se deleitaba anticipando su reacción, su alegría segura, la recuperación para él de otra mirada; de otra cualquiera, pero anterior.

No. Antes necesitaba bajar, desprenderse en el ejercicio, por el sudor, de sus demonios; expulsar de sí mismo la parte que se había podrido en su interior; hasta el rastro de la pobre señora, que no había tenido la culpa de malinterpretar

el excitado entusiasmo que a él se le escapaba, rastro que también tenía que desaparecer con todo lo demás tragado por el sumidero de la ducha.

Se quedó como nuevo.

Antes de salir del gimnasio, preguntó por la toalla extraviada. La chica de la oficina fue con él hasta el cuartito donde se guardaban los objetos perdidos. Abrió el contenedor de plástico que había en un rincón.

—Aquí lo tenemos todo —dijo.

Mario vio enseguida su toalla. Fue a cogerla:

—Esta es. Gracias.

Algo imprevisto congeló el gesto de su mano al asir la toalla. Un tacto duro.

—Pero... —deshizo el envoltorio— ¿Y esto?

La chica tomó en sus manos lo que acababa de aparecer.

—¡Qué bonita! —exclamó.

Mario apenas la miró, distraídamente:

—No sé quién la habrá envuelto en mi toalla —dijo.

—¡Qué lástima!

La chica acariciaba la muñeca, le retiraba el pelo de la cara. Las yemas de sus dedos se habían detenido en uno de los hombros, en las mejillas, descascarillados.

Era una muñeca de porcelana. Desnuda.

Capítulo 38

5 de enero de 2014 - 13h.

La despertó el frío. La constatación de haberse dormido no suscitó en ella ninguna sensación, aún menos un pensamiento.

Algo indistinto la empujó a levantarse y bajar la persiana. El día, con su luz, quedó así confinado al exterior. En la penumbra, regresó a la cama y mecánicamente levantó el edredón para acostarse ahora bajo él, pero un destello de memoria cambió el rumbo de su gesto y lo retiró bruscamente de la cama, lo lanzó al suelo.

Si hubiera sido capaz de desear algo, quizá se hubiera acercado hasta el baño para ducharse, o hubiera cambiado por un camisón limpio los restos de las prendas de calle que aún vestía, o se hubiera detenido a observar en su cuerpo ante el espejo las fuentes del dolor.

Pero se limitó a repetir, sobre la sábana, la misma posición. A replegarse en el vacío.